

Un Balneario, Un Misterio

G.L.

Image not found.

Capítulo 1

"UN BALNEARIO, UN MISTERIO"

G.L., Montevideo 2020

“No hay nada en la vida tan bello, tan grato y tan grande como las cosas misteriosas. ”

(François-René, vizconde de Chateaubriand)

Capítulo 2

Prólogo

La historia que les voy a contar transcurre en un país muy pequeño ubicado en Sudamérica, llamado Uruguay.

Uno siempre piensa que el lugar que habita siempre es el más aburrido, que "nunca sucede nada", y la realidad es que uno está tan habituado a vivir aquí que se deja tapar por el "humo de la ciudad", y sigue adelante sin ver realmente lo que sucede frente a uno mismo.

El ruido, la gente, el vendedor ambulante, alguien lustra zapatos en la esquina.

Nunca nos detenemos a ver a la gente, las miradas. Alguien dijo por ahí que se logra descifrar a una persona, si logramos descifrar su mirada.

De pronto, un profesional universitario se atrinchera en su casa con un arsenal de armas, y damos un salto pensando que fue una maniobra comunista, que en el pequeño país sí suceden grandes cosas y hay historias que contar, al mejor estilo E.E.U.U., con sus persecuciones a cargo del F.B.I., que tanto nos entretienen en las películas o en algún programa de videos asombrosos.

Luego de esas breves vacaciones de nuestros pensamientos cotidianos, compramos, como fieles uruguayos, un boleto a nuestro estado natural.

La realidad es que, si suceden cosas por estos lados, hay que ir a las pequeñas historias cotidianas.

Yo, personalmente, les voy a contar una historia sobre un balneario, y un misterio.

El Autor

Capítulo 3

Capítulo I

- Parece que no va a parar de llover. – Pensó en voz alta Juan González, Jefe de Redacción de un reconocido periódico capitalino, mientras apagaba el cigarrillo contra la suela de uno de sus zapatos. – Ya debe estar por llegar.

Si el verano de aquel año había transcurrido sin grandes sobresaltos en cuanto al clima, cálido sí, pero no más de lo normal para la época, no podemos decir lo mismo del otoño que acababa de empezar. Ya en los primeros días de Marzo los árboles comenzaron a desprenderse de sus primeras hojas, mientras las nubes cubrieron el cielo montevideano y las lluvias empaparon sus calles durante, lo que parecía ser, tiempo indeterminado.

La lluvia a veces puede molestarnos, interrumpir nuestros planes, pero también convierte en dulces nuestras tardes de siesta oyendo las gotas golpear con fuerza algún techo metálico, y creo que nadie va a negar lo que sienten nuestros ojos al ver la furia de una tarde tormentosa mezclarse con la delicadeza que ofrece nuestra entrañable Rambla iluminada por una larga fila de faroles blancos que parecen elegir qué iluminar para crear una visual más agradable.

Era domingo, y era el día libre de Juan. Siempre se levantaba temprano, y ese día no había sido la excepción, pero en lugar de salir a caminar por la Rambla como todas las mañanas, se había quedado leyendo en su casa, las inclemencias del tiempo le estaban impidiendo realizar la cuota diaria de ejercicios, sustituida temporalmente por unas cuantas flexiones de brazos antes de ir a dormir. Joven, alto, esbelto, con una espesa cabellera en la que no se notaba el paso del tiempo. Vivía sólo en un apartamento de tamaño nada despreciable en la rambla de pocitos. Divorciado hacía 8 meses de un matrimonio que había durado menos que eso. Candidatas no le faltaban, pero fracasaron, al igual que su matrimonio, Juan vivía para el periódico. Podría haber conseguido alguna otra pareja, e incluso estuvo saliendo con chicas. Ninguna lo llenaba como su trabajo. Luego de su divorcio, se prometió a sí mismo no volver a involucrarse con nadie, al menos no otra relación formal. Siempre había sido un fanático de la lectura, particularmente de la lectura policíaca ("A Sangre Fría" de Truman Capote era su biblia), pasión que lo había llevado a decidir desde muy joven que su vida sería el periodismo. Desde que tiene memoria, estuvo en una buena situación económica, se dio siempre los gustos que quiso, y, de adolescente, pudo disfrutar de los beneficios de ir a una conocida universidad en Chile. Rápidamente terminó la carrera y retornó a su país. En su trabajo comentó varias veces sobre su regreso: "Si voy a cubrir noticias, por lo menos tienen que afectarme. Uruguay es muy chico y

somos muy pocos, si hay noticia seguramente esté involucrado algún conocido. Eso me afecta". Al poco tiempo de haber regresado a su país, se involucró a un prestigioso periódico capitalino como cronista, tenía su columna diaria, y con el tiempo fue ascendiendo hasta llegar a Jefe de Redacción. Nunca apagaba su teléfono, siempre creía que la noticia aparecía en el momento menos esperado.

Juan se encontraba almorzando cuando oyó el sonido de su móvil. Rápidamente corrió a atenderlo, siempre sentía ansiedad al escuchar el teléfono. – Necesito que me ayude, necesito contar mi historia, sólo ustedes pueden ayudarme, nos vemos en su oficina en una hora. – dijo la voz al otro lado del teléfono. Juan no tuvo tiempo a preguntarle a la persona que había llamado como había conseguido su número, cuando escuchó el tono que indicaba que esa persona le había cortado.

No esperó una hora, Juan solamente se tomó diez minutos para vestirse y salir inmediatamente de su casa, prender su coche y dirigirse rápidamente al lugar acordado, una vieja cafetería del centro.

Debajo de la lluvia se vio la figura de un hombre un poco más alto de lo normal, sin paraguas con el cual protegerse de la misma, pero sí, cubriendo sus ropas con un sobretodo. Al ver la puerta ubicada en la calle Cuareim, ingresó decidido, era la oportunidad perfecta de contarle al mundo su historia.

- Buenas Tardes – dijo. Tenía un aspecto misterioso, lo cual era extraño, puesto que al salir de la sombra y acercarse al foco de una lámpara, única iluminación en la pequeña habitación, dejó al descubierto la cara de un joven. Veinte y pocos años tendría a lo sumo. Hoy en día los jóvenes no son para nada misteriosos, de hecho, en unos pocos segundos compartidos con un adolescente podemos saber que tipo de adolescente es, como vive, que hace. No nos dejan nada librado a la imaginación, si se les ocurre actuar de determinada manera, van y lo hacen. Éste no, ¿qué hacía un chico de su edad en ese edificio?, ¿Por qué vestía así?, ¿Por qué no estaba jugando al fútbol o tomando mate como cualquier otro de su edad?

- ¿Qué significa todo esto?, ¿Por qué tanto misterio? – Preguntaba insistente Juan. –Necesito que me ayudes, la policía no me prestó atención, entonces pensé que . . .

- ¿Qué pensaste? Dijo Juan interrumpiendo al joven. ¿Por qué venís?, ¿Qué tenemos que ver en todo esto? – Seguía preguntando Juan, quien a esa altura se encontraba un tanto desorientado. – Ya le dije, no sé a quién acudir.

- Está bien. Espero que esto no sea una especie de broma. Ya hemos sufrido casos de "Tengo la historia del año", y al final terminaron siendo

grandes pérdidas tiempo, y no queremos pasar de nuevo por eso. – Le dijo Juan al chico, quien lo miraba fijamente. – Además, disculpa mi desconfianza, pero eres un muchacho, ¿Qué edad tienes?

- 21 – Dijo el chico, cuyo rostro reflejaba el nerviosismo de un delincuente a punto de ser juzgado. – Por favor prestame atención, encontramos algo muy raro. – Le dijo tuteándolo.

- ¿" Encontramos"? ¿Quiénes? Más vale que me cuentes todo y rápido. – Le indicó señalando una pequeña grabadora.

Capítulo 4

Capítulo II

Julieta recordaba haberse criado en Montevideo, no recuerda nada de su infancia en el interior. Es que a los dos años fue enviada a la capital, a la casa de unos tíos, quienes cuidaron de ella como si fuera una hija más. Para Martín, único hijo de Pedro e Hilda, dos años mayor que ella, también fue una hermana más. Todos ellos, junto con Julieta fueron parte durante muchos años de la familia Bruzzone. Esta familia era originaria de Norcia, un municipio ubicado en la provincia de Perugia, Italia. Durante los años de guerra en Europa, el abuelo de Martín logró venir a estas tierras escondiéndose en un barco que traía mercadería al Río de la Plata. Al llegar a Montevideo, se enamoró de la ciudad, "Piccola Italia" le llamó, y decidió formar su familia aquí.

Julieta no conocía a sus padres, simplemente vivió siempre con sus tíos, a quienes llamaba por el nombre, sin sentir la necesidad de saber quiénes eran sus progenitores. "Si la habían abandonado por algo sería", nunca quiso saber sus orígenes, sólo sabía de dónde venía (lugar al que no quería regresar jamás) y que siendo una bebé la depositaron en esa familia, a quienes siempre les estaría agradecida. Para ella, sus padres habían muerto, no necesitaba saber nada más.

Siempre fue una chica inquieta, interesada por su alrededor, desde muy chiquita quería conocer el significado de todo, literalmente. Sus tíos recuerdan que ella nunca había sido una niña problemática, la querían como a su hija. Fue una decisión difícil de tomar, la de contarle la verdad a Julieta. Sin embargo, Hilda creía que era lo mejor, si bien el amor era mutuo entre ellos y Julieta, no eran sus padres, y los niños tienen derecho a saber quiénes le dieron un lugar en este mundo.

Desde que el padre de Pedro, ahora fallecido, se instaló en Uruguay, esta familia siempre vivió en el barrio de Malvín, en la esquina de Aconcagua y Gallinal. Julieta, desde muy joven, a la edad de catorce o quince años, salía a recorrer el barrio, en el que entonces no se nombraba el problema de la inseguridad. Tenía una sola pasión, la fotografía. Julieta pasaba el día entero sacando fotos. Pedro siempre le dio dinero para el revelado de las mismas. Uno de los pasatiempos de ella, era mezclar las fotografías mediante la técnica de collage, y creaba imágenes a partir de la mezcla de muchas fotografías.

Ésta no sólo era una pasión para Julieta, era lo único que la ataba a su vida anterior a Montevideo, a sus padres. Ella no quería conocerlos, pero en cierta manera se notaba que ella no quería desprenderse de su origen. Desde que se enteró de dónde venía se sintió una extraña en su casa, una extraña bienvenida, pero extraña al fin. La cuestión es que Julieta no llegó

sola a casa de sus tíos, llegó acompañada de ropa, dinero y una cámara fotográfica.

Sus tíos guardaron sus pertenencias en un baúl en alguna parte de la casa. Al cumplir 12 años se la dieron, contándole la verdad de cómo llegó a formar parte de la familia. Estuvo un tiempo sin siquiera usarla, pero comprendió que era parte de su vida, tenía que aceptarlo como tal, en definitiva ¿todo tiene un comienzo no?, si no tenía un comienzo no existía, entonces la única forma en que ella exista era poseer algo que la transportara a su comienzo, a su origen, y ese "algo" era su cámara.

Como dije antes, todos los días, luego del liceo, sacaba fotos, era una chica muy callada, siempre estaba sola, o más bien, acompañada de su cámara. Con ella conoció lugares, personas; ella conocía las expresiones, sabía "leer rostros". Las imágenes que veía en la calle eran las que después adornaban las paredes de su habitación, en sus collages.

Julieta realizó toda la primaria en la Escuela Nº 19 "Felipe Sanguinetti", ubicada en el barrio Unión. Era la misma escuela a la que asistió Martín. El liceo, ambos, lo hicieron en "Nuestra Señora de Lourdes", en el barrio Malvín, al cual todas las mañanas los llevaba Hilda, y volvía cada uno caminando a casa. Julieta siempre se tomaba un tiempo, para tomar fotografías, antes de volver. A veces incluso simplemente se quedaba pensando, sola. Le gustaba esconderse en la torre de la parroquia, era un lugar tranquilo.

Siempre fue una destacada alumna, era muy inteligente, aunque despreocupada por las materias que le enseñaban. Ella deseaba aprender otras cosas, pero también consideraba que era necesario pasar por el obstáculo del liceo si quería dedicarse a su pasión. Hacía tiempo sabía que se profesionalizaría en la fotografía. Además, era una chica muy dedicada a la lectura, románticas, suspenso, terror, leía de todo, actividad que sin duda le ayudó mucho a sortear las distintas materias que se le presentaban año a año. Entre sus autores favoritos se encontraba Edgar Allan Poe, John Grisham, y como autor uruguayo, Horacio Quiroga, y su "Cuentos de amor, locura y de muerte". Desde pequeña, Julieta se encargó de mostrar que no era una chica como las demás, era distinta y lo sabía, y en parte se complacía en ser de esa manera.

Al ser tan capaz, Julieta no necesitaba estudiar tantas horas, como sí necesitaría cualquier otro chico. Entonces, algunas tardes iba a sentarse en la bajada de la Plaza de la Armada, en el barrio de Punta Gorda, frente a la Rambla. Ella reconocía que el atardecer que se veía desde ese lugar posiblemente era la mejor fotografía que la naturaleza pudo haber tomado.

Durante un tiempo se juntó con una chica del liceo, Lucía, "una chica muy simpática, y además del barrio, pero que a veces hacía travesuras", como

decía tía Hilda. Dejaron de salir cuando Lucía cambió de liceo. Parecía que Julieta estaba destinada a pasar su adolescencia en compañía de su cámara.

Acompañada de Lucía, Julieta pudo conocer nuevos ambientes, lugares y personas con las que no había tenido contacto antes. También tuvo oportunidad de meterse en problemas, y vivió los primeros conflictos con su familia adoptiva.

Los padres de Lucía, eran agradables, y también muy permisivos, dejaban a su hija muchas veces librada a sus instintos. Instintos de adolescente. Julieta tuvo contacto por primera vez con el mundo de los chicos, los bailes, lo cual la llevó a involucrarse con el alcohol y las drogas. Siempre sucedía así, era difícil decir que no, y más para una chica para la cual conseguir amistades no era tarea fácil. Comienzas a salir con alguien, y para no defraudar a la persona que te acompaña, a veces se dejan de lado las creencias propias, y uno se deja llevar por la situación. Fue una etapa de rebeldía, que pasó rápido, capaz que era necesaria, pero esa no era la verdadera Julieta, ella no se sentía bien con la vida que estaba llevando, ya se había alejado de los libros e incluso de la fotografía.

Se sintió aliviada cuando se diluyó su relación con Lucía, y así las salidas, los chicos, y todo lo demás.

Capítulo 5

Capítulo III

Julieta era una chica alta, más alta que el promedio, y delgada. Nunca se preocupó mucho por su imagen, pero debajo de esa fachada existía una llamativa belleza natural. Tenía un look particular, siempre vestía jeans, camisa leñadora y All Star blancos en su versión "botita". Desde pequeña tenía problemas de visión, llevaba anteojos, pero no le quedaban mal, de hecho, eran el cierre perfecto para ese look. Julieta ya era una joven que acababa de cumplir dieciséis años, y se estaba convirtiendo, en todo sentido, en una mujer, en su apariencia como en su interior.

Siendo mayor de edad, Julieta ingresó en una escuela de fotografía. Era la primera vez que iba realmente convencida a un centro de estudios. Cuando estaba allí era feliz, y también lo era cuando estudiaba para las clases. Hacía lo que le gustaba, y de tarde tenía tiempo para seguir tomando fotografías y continuar haciendo sus collages.

A pesar de lo cómoda que se sentía, aún era muy difícil para ella hacerse de amistades, no era mala, pero para el común de las personas de su edad posiblemente era muy extraña. Esta situación tampoco era algo que le preocupara mucho a una persona que consideraba que la mejor compañía que podía tener era su cámara y un entorno para retratar.

Sus tíos la apoyaron en todo momento, le habían ofrecido regalarle una cámara nueva, de esas modernas que utilizan tecnología digital, a lo que ella se había negado. Julieta se había aferrado a su cámara, y no quería deshacerse de ella de ninguna manera. Por lo tanto, hacía un tiempo atrás le habían concedido el envejecido garaje que estaba atrás de la casa, y que hasta ese momento había sido el depósito de herramientas de Pedro, como laboratorio de imagen. Ahora Julieta podría revelar, ampliar y modificar sus fotografías. Ya no tenía necesidad de desprenderse de su querida cámara.

Julieta había crecido y por lo tanto ya tenía edad para salir del barrio, y visitar otros lugares. Tenía la oportunidad de obtener nuevas imágenes. Por supuesto que tenía sus lugares favoritos. Le gustaba mucho recorrer la capital, lugares típicos, el Prado, Ciudad Vieja y la Plaza Independencia. También había tomado fotografías en el faro de Punta Carretas y hasta fue al Estadio Centenario.

Generalmente iba acompañada de su primo Martín. Con él, mantenía una estrecha relación de amistad, podían conversar durante horas sin parar ni aburrirse. Se divertían incluso en el ómnibus, podían charlar de todo, pero también opinar sobre las personas que subían en él. Martín se había vuelto un gran compañero, y se había compenetrado tanto como ella en la

actividad de la fotografía.

Martín, un par de años mayor que su prima, asistía a la facultad de Arquitectura. Se trataba de un estudiante promedio, se podría considerar que iba llevando la carrera bastante bien. Además, jugaba al basketball en un conocido club de su barrio.

A diferencia de Julieta, Martín, era una persona muy sociable, le gustaba pasar tiempo con sus amigos, y a su vez, a sus amigos les gustaba pasar tiempo con él.

Pero todo cambió para él. La típica historia. Conoció a una chica en un Pub, tomaron, se divirtieron, él le pidió su número de teléfono y luego de conocerse durante unas semanas ya eran novios. Así estuvieron durante dos años, parecían inseparables, pero como suele suceder, la relación comenzó a absorberlo, ya no veía a sus amigos ni iba al club. Pronto ellos dejaron de llamarlo a él. La relación con su novia también se fue desgastando. Los adolescentes son así, cuando se enamoran piensan que encontraron el amor de su vida, y luego, al primer conflicto piensan que han perdido el tiempo con la otra persona. Evidentemente, tanto Martín como su novia eran muy jóvenes, pero la cuestión es que él había quedado sólo.

Durante un par de meses estuvo muy triste, pero encontró apoyo en su hermana afectiva: Julieta. Empezó a acompañarla en sus paseos, y aprendió todo sobre fotografías, y a apreciarlas como lo hacía Julieta. Se volvieron inseparables.

Ya tenían una rutina, él, luego de clases, la pasaba a buscar por la escuela de fotografía y caminaban hasta la parada de ómnibus. Ella, la noche anterior se quedaba planeando a donde irían, y allí pasaban la tarde al día siguiente. Ella tomaba fotografías y él le asistía. Martín ya había superado lo de su novia, y para Julieta fue importante tener un poco de compañía, alguien en quien confiar, y a su vez, un poco de ayuda con sus fotografías. Luego de tomar unas cuantas fotografías, regresaban a casa a revelarlas y a colocarlas en un álbum donde guardaban su arte.

Un día, cómo indicaba el plan, Martín y Julieta fueron hasta la zona de Carrasco Sur a tomar fotografías. Era una linda tarde. Ese día Pedro le había dado el auto a Martín para que le realizara unos trámites, así que también aprovechó para ir a la facultad en él, y luego para ir de paseo con Julieta.

Cómo todos los días, se divirtieron mucho. Esa tarde realmente había mucha gente en la Rambla. Sacaron todo tipo de fotografías, personas corriendo, perros, la pescadería de la rambla, de todo. Al caer el sol, cómo siempre, regresaron a casa, así tenían tiempo de preparar el revelado de

las fotos antes de que Hilda sirviera la cena.

Esa noche cenaron carne asada con papas al horno. Hilda era buena cocinera, y su familia disfrutaba mucho de cualquier menú de su autoría. Si ella no cocinaba, nadie tocaba su cocina, y si por fuerza mayor no preparaba la cena, se pedía comida a domicilio.

Luego de cenar, Pedro se sentó en su sillón a fumar su pipa en frente a la estufa a leña, mientras Hilda le preparaba un café para digerir más fácilmente la cena. Julieta y Martín engulleron rápidamente el postre, unos deliciosos panqueques rellenos de dulce de leche, y salieron corriendo al laboratorio de fotografía.

El procedimiento luego del revelado consistía en dejar secar las fotografías, proceso que tardaba aproximadamente 20 o 30 minutos. Pasado este tiempo, las fotos eran revisadas con lupa por Julieta para ver cualquier error, que pudiese haber ocurrido durante el revelado. Antes de cenar, los chicos dejaron secando las fotografías, por lo tanto, ahora solo restaba la última revisión.

Julieta empezó a negar con la cabeza al ver las fotos. – Están todas arruinadas. – Dijo con el tono de una persona que pierde absolutamente todo en una pequeña fracción de tiempo.

- ¿Qué sucedió? – Preguntó un preocupado Martín, - hicimos todo como siempre.

- Mira, están todas manchadas, no las has dejado secar correctamente. ¡Vete! Voy a solucionar este desastre.

- Pero Julieta, hicimos todo como siempre, y lo hicimos los dos, si pasó algo con el revelado te juro que no ha sido mi intención, no te pongas así.

- ¡Andate!, te dije que voy a solucionar este desastre yo sola. Cuando uno quiere hacer las cosas bien las debe hacer uno mismo. – Dijo una Julieta cada vez más nerviosa.

- Bueno, pero no me parece justo que me trates así. - Dijo Martín mientras se iba del garaje.

Martín se fue pensando qué, si bien Julieta se tomaba muy en serio esto de las fotografías, su reacción fue un tanto exagerada. Decidió esperar hasta el siguiente día hasta que los ánimos se calmaran para ver si podía aclarar las cosas con Julieta.

Por su parte, Julieta seguía incrédula de lo que había sucedido con las fotografías. Al día siguiente iría de nuevo al mismo lugar a tomar

fotografías similares, confiando en que el tiempo la ayudase nuevamente. Es que creía que las fotos de ese día habían sido realmente buenas, y que era una lástima lo que había sucedido.

A la mañana siguiente, Julieta y Martín, casualmente no se cruzaron. Julieta decidió llevarse algo rápido para desayunar en el camino, y Martín lamentó no haber podido hablar con ella. De tarde tampoco la encontró a la salida del curso de fotografía. Julieta, que solía esperarlo en la puerta del lugar de estudio, se fue rápidamente ni bien su profesora dio por terminada la clase de ese día.

Esa tarde, sin olvidarse de lo sucedido, y de la curiosidad que le causaban las reacciones de su "hermana", Martín decidió volver al club para despejar su mente, aprovecharía para hacer algo de aparatos y jugar al basketball, deporte que hacía varias semanas que no practicaba.

Mientras tanto, parada en un muro frente a la Rambla, a la altura de la calle San Marino, Julieta prácticamente le sacaba humo a su cámara, no quería perderse una sola imagen. Tuvo suerte de que el tiempo la haya acompañado nuevamente, eran las seis de la tarde y aún le faltaba mucho recorrido al sol para llegar al ocaso.

A Julieta le vino bien una tarde sola, y le sirvió para pensar, y mucho. A esa altura ya no estaba enojada con Martín, y de hecho, pensaba que se le había ido un poco la mano con él, pero cómo lo había evitado durante todo el día, recién en su casa tendría tiempo de disculparse.

Martín, luego del club, se había quedado en un bar comiendo unas pizzas. Ahí, se juntaban sus amigos, a tomar y comer algo, después de jugar algún "picadito" de basket. El dueño era un amigo de ellos, y de tanto en tanto les regalaba alguna cerveza o les dejaba la pizza más barata. Esta vez fue con Nicolás solamente. Se encontraron en el gimnasio, usaron un rato la cancha y luego de bañarse decidieron ir a comer algo. Por lo tanto, no iba a ver a Julieta hasta el día siguiente.

Hilda, esta vez, había preparado unas milanesas de jamón y queso, acompañadas de ensalada, pero comieron sólo ella y Julieta. Pedro se había quedado trabajando hasta tarde.

Julieta se llevaba bien con su tía. Se quedaron charlando dos horas, mientras en el garaje, las fotos de ese día tomaban su tiempo para secarse.

Luego de terminar cada una su taza de café, Hilda se disculpó con Julieta y se fue a atender a su marido, que recién había llegado de trabajar y no había comido nada. Julieta aprovechó para ir a terminar el revelado de sus

fotografías.

Julieta pudo comprobar lo mal que había actuado con Martín. Al retirar el nylon que cubre a las fotos mientras se secan en el cuarto oscuro, vio como una mancha blanca aparecía en el centro de la primera fotografía. Al seguir viendo el resto, vio que en cada una aparecía una mancha distinta, y en distinto lugar. Algo había sucedido con su cámara, tal vez la humedad a la que se expone en la Rambla. Julieta no sabía cómo explicar lo sucedido. Lo que sí sabía era que tenía que disculparse con Martín, y mostrarle las fotos.

Mientras esperaba a Martín, Julieta revisaba su cámara una y otra vez, limpió el lente, y sacó un par de fotos de prueba. No había caso, foto tras foto se arruinaba. Julieta estaba al punto de la desesperación, pues además de su hobby era su herramienta de estudio.

Cuando llegó Martín, Julieta le explicó rápidamente la situación. Ella estaba muy nerviosa, así que Martín intento calmarla, pero era inútil. El estado de nervios de Julieta no le permitían reaccionar de manera adecuada, no sabía si gritar, llorar, enojarse, reír. Le estaba afectando demasiado esto.

De un día para el otro, casi siguiendo el estado de ánimo de Julieta, cayó un chaparrón sobre Montevideo. La ciudad, luego de unos días hermosos, de mucho sol, quedó cubierta por el agua.

A su vez, Julieta estaba triste, ya se había rendido, había hecho todo lo posible, pero cada foto que volvía a sacar, tenía alguna mancha. Pedro le ofrecía una y otra vez comprarle una cámara nueva si eso calmaba su frustración, pero Julieta no estaba de ánimo para pensar en fotografías ni en cámaras fotográficas. De hecho, se tomó unos días sin ir a clase, y se dedicó a leer, pensar, estar sola, en definitiva. Se pasaba horas mirando la lluvia a través de la ventana que se encontraba en el living de la casa. Sus tíos y Martín, se preocupaban por ella, pero tampoco querían molestarla mucho. Martín aprovechó para ir al club y estudiar un poco más de lo que venía haciendo.

Después de dos semanas sin tocar su cámara, el desconcierto, y posteriormente, el enojo y la impotencia, iban desapareciendo paulatinamente. Julieta ya se había disculpado con Martín, y tenía ganas de salir a fotografiar, ya no le importaba como saliera el revelado. Además, ya le estaba dando vergüenza ir a clase con una cámara descartable.

Julieta amaneció descansada y alegre, había dormido bien, y además hoy volvería a salir con su cámara. Esa mañana fue a clase. Era la primera vez, en dos semanas, que iba contenta, con su cámara. Las horas de clase, igualmente, se le hicieron lentas. A Julieta le ganaba la ansiedad

por volver a fotografiar. Al salir de clase se fue a la parada de ómnibus. Por el plan que había armado la noche anterior, esa tarde se iba a tener que hacer dos viajes, primero subirse al ómnibus número 104, que la depositaría en la esquina de Aconcagua y Missouri, y luego se tomaría el ómnibus número 468, que la dejaría en la parada de Avenida Italia y Gallinal, a dos cuadras de su objetivo: Parque Rivera.

Julieta nunca había ido a fotografiar allí, y le parecía que por todas las historias que rodeaban el lugar, sumado a lo hermosamente bella que era la tarde allí, con pequeños rayos de sol filtrándose por entre las hojas de los árboles, brindaban un marco propicio para la fotografía.

Se encontraría allí con Martín. Él iba a salir un poco tarde ya que se quedaría con unos compañeros de clase a terminar un trabajo. Julieta aprovecharía ese tiempo en solitario para recorrer el lugar.

Estuvo caminando sola unos veinticinco minutos hasta que se hizo la hora del encuentro con Martín. Habían fijado como punto de encuentro la puerta principal del Estadio Charrúa, sobre la Avenida Bolivia. Mientras caminaba pensaba lo oscuro, peligroso y desolado que debería ser ese hermoso lugar por la noche. En ese lugar, según cuenta la leyenda, todas las noches se oye el llanto de una mujer junto al lago. Hay muchas versiones alrededor de ese hecho, pero no se ha comprobado ninguna. "Era un lugar realmente intrigante. Fantástico", pensó. Durante la breve caminata, Julieta había dejado seducirse por el lugar.

A la hora y en el lugar pactados, se encontraron Julieta y Martín. Sacaron fotos, y volvieron a divertirse juntos, cómo hacía un par de semanas que no hacían. – Qué solitario está esto, ¿No? - Le dijo Julieta a Martín. – No es que me moleste, pero me llama la atención. Es un paseo muy lindo. – Agregó.

Martín, sin responderle, siguió mirando las copas de los árboles, y los destellos de luz, cada vez con menos intensidad, que se filtraban por entre sus hojas.

Cómo siempre, antes del anochecer volvieron a casa. Esta vez, Hilda los esperaba con pasta casera, acompañada de salsa bolognesa, una de sus especialidades. La ansiedad hizo que comieran de forma más acelerada que de costumbre. Y ni siquiera comieron postre.

Como siempre, después de comer salieron rápidamente al cuarto de revelado, y retiraron con gran entusiasmo el nylon que protegía a las fotografías. Martín estaba parado en frente a Julieta, sin quitarle la mirada de encima.

Al ver las fotos durante unos pocos segundos, Martín ve como Julieta levanta la cabeza, y lo mira con una expresión extraña. Parecía tener

miedo.

- Tienes que ver esto. – Le dijo a Martín, con una voz que no era la habitual. Su tono denotaba susto, nervios. Algo serio debía estar pasando con las fotos.

- ¿Qué pasó? – Le preguntó Martín mientras se acercaba con la lupa a ver la imagen.

En ese mismo instante Martín perdió el color y la expresión de su cara. No podía creer lo que estaba viendo, y dejando de lado las precauciones que se deben tener con las fotografías recién reveladas, empezó a revisarlas una por una. A medida que veía más fotos, más era el miedo que le recorría por el cuerpo.

Capítulo 6

Capítulo IV

- Espera, necesito ordenar la información en mi cabeza. – Dijo Juan tapándose tocándose la sien a ambos hemisferios de su cabeza con la yema de sus dedos. Ya hacía varias horas, dos termos de mate y unas cuantas tazas de café, hacía que estaba sentado escuchando la historia, y no tenía fuerzas para seguir pensando. Hacía bastante rato habían abandonado la cafetería y se habían dirigido a las oficinas de la redacción – ¿Qué te parece si paramos un poco a descansar, y en un par de horas, más lúcidos, seguimos con la historia? – Sugirió Juan. – En la pieza de atrás hay unos sillones que podemos utilizar, realmente creo que necesitamos dormir un poco.

Juan escuchó la historia con atención, y quería saber más, por lo tanto, no podía dejar que su historia se fuera de ahí.

No era la primera vez que Juan pasaba la noche en su oficina. Justamente esa actitud fue la que terminó con su matrimonio. Por lo tanto, guardados en un ropero, tenía todos los elementos necesarios; frazadas, almohadas, etcétera; para poder dormir medianamente cómodo, cuando la situación lo requería.

Alrededor de las once de la noche, y luego que pudieron alimentarse con unas pizzas que pidieron a un bar de la zona, el cual trabaja las veinticuatro horas, ya estaban sentados escuchando el resto de la historia.

Juan se sorprendió al escuchar ruidos en la redacción, pues era domingo y de noche, y desde su oficina pudo ver a Agustín, su asistente. Se excusó con el joven, y asegurándose que no lo siguiera, Juan se acercó hasta el escritorio de Agustín para explicarle que tenía una historia entre manos, pero que en el correr del Lunes le contaría los detalles, pero por favor no fuera hasta su oficina y tratara de irse lo antes posible de la redacción.

Iba a ser una noche larga. Tanto Juan, como “su chico”, tenían, cada uno, sus motivos para no poder dormir. Uno, la perplejidad aún por la turbulencia que se dieron los hechos, en la mañana estaba almorzando en su casa disfrutando de su día libre, y de noche, en su oficina durmiendo con un extraño. El otro, ansiedad por dar a conocer su situación, sabiendo que posiblemente no le crean, lo traten de loco. Iba a tener que cuidarse en la narración de los hechos para poder compenetrar a la gente del periódico. Decidió que no contaría todo, hay situaciones difíciles de comprender para quienes las viven, más difícil es aún para quien no las vive. Por lo tanto, seguiría contando su historia, obviando aquellos

detalles que puedan hacer que Juan desista de ayudarlo.

Hasta ahora la historia tenía cierta estructura lógica, pero a medida que avanzaban en la historia, el chico se ponía más nervioso, y no lograba narrar los hechos de forma coherente, y Juan, hábil periodista, quería conocer todos los detalles de la trama, no quería dejar nada por el camino.

- Realmente, ¿Qué fue lo que vieron en las fotos? ¿Estás seguro que tu prima no te quiso jugar una broma?

Martín, el chico misterioso que había entrado la tarde anterior por la puerta de esa habitación, temía que Juan preguntara eso. Trató de explicarle a Juan, que era difícil que entendiera ahora la situación, y que prefería guardárselo, por ahora, a lo que Juan, un tipo de mucho carácter, le respondió con algún improperio, y le exigió que terminara su historia de una vez.

- Disculpa, me tengo que ir, ya estuve mucho tiempo aquí, en unos días volveré a terminar el relato. – Así como dijo eso, se dio media vuelta, y luego de cerrar violentamente la puerta, sin siquiera acordarse de que se olvidaba de su abrigo, dejó rápidamente el lugar. Bajó unas escaleras, y salió corriendo por la puerta principal del edificio. Juan lo persiguió, pero no lo alcanzó.

Sentía como se le había escapado la historia en su cara. Una historia, aunque inconsistente, atrapante, y que, de ser cierta, su periódico sería el único en cubrirla. Se sentó a meditar.

A las ocho de la mañana, Juan, que aún seguía despierto y meditando lo que había sucedido esa noche, vio como las oficinas del periódico se llenaron de todo tipo de personas, fotógrafos, artistas, editores, periodistas. Sin embargo, poca atención les prestó a todos ellos. Seguía preocupado por el asunto de las fotografías, y las manchas blancas, que parece que habían asustado al extraño chico de la noche anterior.

- ¿Fotografías?, ¿Fotógrafos?, eso es lo que necesito para terminar de comprender la historia. Necesito entender que había sucedido esos días en Carrasco y en el Parque Rivera, y creía tener al hombre indicado para que lo ayudase.

Diego tenía diecinueve años, y se había convertido en un trabajador muy querido, a la vez que conocido por estar siempre riendo, dentro del periódico. Estudiante de comunicación, su idea era especializarse en publicidad. Era joven, le encantaba la fotografía, y gracias a un concurso del liceo, pudo ingresar, primero como pasante, y después ya en forma

definitiva, en el periódico, como asistente de fotografía.

Se hizo querer por todas las personas del periódico, desde el responsable de su área, hasta quienes mantenían la higiene del lugar. Todos lo definían como un chico muy simpático y siempre sonriente.

Ya hacía dos años que trabajaba allí, por lo tanto, ya había adquirido bastante experiencia en las tareas que se le asignaban, y era muy bueno con la cámara, según palabras de su jefe. Además, cómo decía él, al venir de una familia sin grandes problemas económicos, y, por lo tanto, al no tener la necesidad de auto sustentarse, el trabajar desde muy joven le dio la posibilidad de darse los gustos que quisiera, a tal punto que sus compañeros de bachillerato le envidiaban la posibilidad que tuvo de manejarse con su propio dinero. ¿El costo?, desde joven también tuvo que trabajar los fines de semana, e incluso de noche, o cuando lo necesitaran. Siempre tenía que estar al pie del cañón para presionar rápidamente el botón de su cámara.

Diego era el chico que iba a ayudar a Juan con esto de la historia. Juan le pidió autorización al responsable del área fotográfica para llevárselo durante el resto de la jornada, y sin esperar respuesta (Juan era la persona con más poder dentro del periódico, tanto por su cargo como por su temperamento, difícilmente alguien le negara un pedido) lo mandó a llamar para que se presentara en su despacho. – Que traiga lápiz, papel, y por supuesto, que no se olvide de su cámara. –

- Adelante – dijo Juan al escuchar los pasos que se acercaban a su oficina. Sin levantar la mirada le indicó a Diego que se sentara. – Quiero que me expliques rápidamente como funciona una cámara fotográfica, cuáles son los posibles problemas que pueden romperlas, y cómo es posible que, al revelar fotografías, en las mismas aparezcan manchas blancas. Me explicarás en el camino, abrígate que saldremos a dar un paseo. –

Diego, que no entendía mucho el pedido de Juan, pero que igualmente ni se le cruzaba por la mente cuestionarlo, acató literalmente las órdenes. Se abrigó y salió a la calle a esperar a Juan, que había bajado al estacionamiento a buscar su coche.

Una vez en el auto, sin que Juan se lo pidiera, comenzó a hablar sobre fotografía, relatando básicamente lo poco que sabía. Terminó por aclarar que lo que conocía era porque lo había leído a través de Internet, ya que nunca había estudiado fotografía, simplemente le gustaba sacar imágenes, y que en la oficina seguramente había gente más capacitada para responder a sus preguntas, si no quería perder el tiempo hablando con él.

Juan frenó de golpe el automóvil en una zona donde no se podía estacionar, lo miró fijo durante unos segundos, y sonrió. – No pierdo el

tiempo hablando contigo Diego, no te preocupes que se lo que hago. - Juan lo seguía mirando, y Diego, por el contrario, se preocupó más de lo que estaba antes de la respuesta de Juan. - Escucha, quiero que me acompañes a un lugar a sacar unas cuantas fotografías, una vez allí, te daré más detalles sobre lo que necesito que hagas. - dijo mientras volvía a poner en marcha el automóvil.

Tomaron la Rambla a la altura de Bulevar España, y allí siguieron hasta la Plaza de la Armada. Tomaron la calle que desemboca en la plaza, para poder apreciar toda la vista de la Rambla. Una vez allí, Juan le pidió que sacara fotografías de todo aquello que le resultase que valía la pena.

Mientras Diego retrataba todo lo que sucedía a su alrededor, rostros, atardecer, coches, todo, Juan le fue explicando, sin mucho detalle, la historia de Julieta. Le comentó que tenían casi la misma edad, y que compartían su pasión por las fotografías. También le contó sobre las manchas blancas que habían aparecido en sus fotografías, y no mucho más, ya que ni él mismo conocía mucho la historia.

Estuvieron una hora y algunos minutos más en la plaza. Luego emprendieron de nuevo el rumbo hacia el periódico. En el camino, frenaron en una panadería de pocitos, y Juan, quien cuidaba estrictamente su físico, no pudo huir ante la tentación de comer esos bizcochos de queso que tanto le gustaban. Además, con todo este tema paseándose por su cabeza, se había olvidado de comer en todo el día. El último alimento que recordaba eran las pizzas que habían comido en la madrugada.

En ese momento le preocupó el hecho de que no tenía la menor idea de cómo seguir con esto, ya que no sabía de donde había salido ese tal Martín, ni se le ocurría como podría encontrarlo nuevamente, así que confió en que cumpliría con su palabra de volver. Una vez afuera de la panadería, siguieron su camino. - ¿Quieres uno? - le preguntó Juan a Diego, acercándole la bolsa con los bizcochos en su interior. Sin contestarle y sin levantar la mirada tomó uno. Aún mirando hacia el piso del coche, lo devoró rápidamente. - De nada. - Le dijo Juan con un tono severo, negando con la cabeza en forma de desaprobación frente a su mala educación y la ausencia de un "Gracias".

Una vez en el periódico, Juan le ordenó a Diego que fuera a revelar las fotografías. Él se quedó en su oficina, revisando unos mails, impaciente por los resultados que obtendría.

Dos horas y media después, Diego tocó la puerta. Juan le hizo un gesto para que entrara. - Dame eso. - Le dijo señalando el sobre que Diego llevaba cuidadosamente en una de sus manos.

Como era de esperarse, Juan cambió sonrisa por cara de incredulidad, para pasar luego al enojo. – Nada. – Dijo mirando al chico que se encontraba aún parado frente a él, ante lo que éste afirmó con un movimiento de su cabeza. – Muchas gracias, andá a tu escritorio que seguro tenés cosas para hacer. – Antes de que Diego dejara su despacho, Juan apoyaba su cara en sus manos. Internamente se maldecía asimismo por creer que iba a funcionar una idea tan tonta.

Ahora sí, no iba a tener otra solución que confiar en la llegada nuevamente de aquel extraño que le había alterado sus planes. Mientras tanto, como el hombre eficiente que era, decidió ponerse a trabajar rápidamente en sus tareas, intentando olvidarse de todo este asunto. Al fin y al cabo, si era tan cierto e importante lo que tenía el joven entre manos, es probable que volviera.

Un poco más tranquilo, ya en horas de la noche, regresó a su casa, deseando descansar de una vez por todas. Habían sido dos jornadas realmente largas, y necesitaba un baño, un poco de música y algo de buena comida para despejar su mente. Al llegar a su casa, estacionó donde siempre hacía, y siguiendo con la rutina revisó su buzón.

Al ver su correspondencia, su cara se transformó, parecía que los ojos se le iban a despegar de su rostro. Ahora sí no comprendía nada de lo que pasaba, un sobre, anónimo, donde se leía “Un balneario, un Misterio”. No esperó a entender para abrirlo. Al ver lo que había en el interior, lo dejó caer junto con el sobre. Había quedado en shock. La historia de Martín, el chico misterioso, comenzaba a tomar forma.

“¿Cómo era posible?, ¿Quién le iba a creer?”

Decidió guardar silencio al respecto, reflexionar. Dejaría a Agustín fuera de esto, su joven asistente y compañero fiel de salidas en búsqueda de “la noticia del año”. Confiaba en el chico, pero no quería arriesgar este hallazgo. Enseguida algún interesado se lo sacaría de las manos.

Capítulo 7

Capítulo V

- Esperá Martín, hay que tranquilizarse, tiene que haber una explicación.

- Es que no entiendo, ¿Cómo es posible?, preguntaba Martín desconcertado. – ¿Debemos mostrárselo a Mamá y Papá?

Julieta negó con la cabeza suspirando y mirando al suelo. – Me parece que en principio debemos guardarlo nosotros. Igual te digo, quiero ver que está pasando y pienso volver mañana.

- Yo te acompaño. – Le dijo Martín con seguridad.

Al siguiente día se despertaron y actuaron los dos como si nada hubiese pasado. Disfrutaron del desayuno de Hilda y se fueron cada uno a sus lugares de estudio y trabajo respectivamente.

A las cuatro de la tarde se encontraron en Trouville, en la plaza. Se alegraron Martín y Julieta, al ver que no había muchas personas. Era invierno, y a no ser algún jubilado sentado en los bancos dispuestos sobre la vereda de la Rambla, alguna pareja tomando mate o algún eventual deportista que le hacía frente a la fría tarde de invierno, el grupo de personas no llegaba a unos diez o veinte en toda la plaza.

La rutina, esta vez incluyó unos sándwiches de jamón y queso que aportó Martín, y el termo con café, que Julieta siempre llevaba a sus clases con el objetivo de que la mañana se le hiciera más fácil de soportar. Además de eso, como siempre, sacaron unas cuantas fotografías. Realmente, con el correr de las horas, la tarde se fue volviendo de un color rojizo, que permitió obtener unas imágenes espectaculares. Como de costumbre, cuando la tarde dio paso a la noche, se fueron a casa, aunque esta vez, Martín tuvo que insistirle a Julieta que estaba demasiado compenetrada con su actividad.

Cuando llegaron, cenaron y se fueron velozmente al garaje. Pedro e Hilda ya estaban habituados a esta ansiedad de los chicos, así que aprovechaban para sentarse solos en el living y tomar algún licor o simplemente charlar tranquilos.

Cuando revelaron las fotos, sintieron mucha ansiedad, más de la que tuvieron durante todo el día. Cuando abrieron las fotografías reveladas, volvieron a sorprenderse, esta vez si que la situación los había superado, no se trataba de la imagen borrosa de una mujer que no estuvo en el lugar de las fotografías, sino que se trataba de imágenes nítidas. Un hombre, vestido de uniforme policial, un niño, y esa mujer, cuya imagen

Julieta ya guardaba en la retina a esta altura, de vestido oscuro, llorando, con una expresión, con la que Julieta sintió que la miraba desde la fotografía, que le quería decir algo.

Martín no salía de su estado de shock, seguía luego de cinco minutos con la misma cara entre el desconcierto y el miedo, y con sus manos tomándose la cabeza, y dando vueltas por toda la habitación.

- Julieta, hay que hablar con alguien, no podemos guardarlo. – Le dijo Martín, sin preguntarle, casi dándole una orden.

- Está bien, vayamos a hablar con tus padres, pero debemos pensar cómo, es delicado esto, van a pensar que estamos jugando, y esto no es ningún chiste. – Julieta estaba nerviosa. Igualmente, no perdía esa característica típica de ella. Tenía todo bajo control, e incluso llorando, se mostraba fuerte, no regalaba ni un signo de debilidad. – Pero no vamos a ir ahora, esperaremos un par de días, necesito pensar, y nos va a servir un descanso. Tú aprovecha a ir al club, y yo voy a pensar como decirles, ¿Te parece? – Martín asintió con la cabeza, sin hablar, aún estaba perplejo por la situación.

Pasaron tres días y llegó el fin de semana. Martín, como le había ordenado Julieta, se dedicó a estar con sus amigos, hacer deporte, aunque igualmente no podía desprender el asunto de las fotografías de sus pensamientos. Por su parte, Julieta pensó mucho, iba a clase, y luego pasaba la tarde en su habitación o en una plaza cercana a la casa, quería estar tranquila.

Sin embargo, Julieta, con mucho para pensar, tenía las cosas más claras que su primo, ella sabía exactamente lo que tenía que hacer, seguiría sacando fotografías, quería saber más sobre esas personas, si en lugar de manchas, ahora veían imágenes claras, Julieta no estaba segura de que vendría luego.

Por lo tanto, Julieta, decidió postergar la charla con sus tíos, y durante el fin de semana intentó esquivar en la medida de lo posible las preguntas de su primo.

Al terminar el fin de semana, Julieta hizo como si nada hubiera sucedido, y fue a clase, o por lo menos eso les dijo a sus tíos, ella tenía otros planes, iría directamente con su cámara a tomar todas las fotografías que las horas del día le permitiesen. Claro que no le comentó nada a Martín, esta vez quería trabajar sola, fue así que, con su termo de café, se tomó el bus hacia un nuevo lugar, quería probar algo, lo peor que podía pasar era perder un día. Esta vez, a diferencia de otras veces, no iría a un lugar tranquilo y solitario, sino todo lo contrario, quería ver un lugar repleto: El Puerto de Montevideo, Ciudad Vieja. Se tomaría la mañana para recorrer el lugar, y al mediodía, con el sol en su punto más alto, cuando la gente

deja sus oficinas para degustar la variedad gastronómica que ofrece esta zona de la ciudad, sería cuando le daría trabajo a su cámara.

El primer destino fue la Plaza Independencia, ubicada al final de la clásica Avenida 18 de Julio, unos de los lugares con más historia de Montevideo, destino de todo aquel que esté de visita por la ciudad. En este lugar se reúne gran parte de la historia del Uruguay, está el Monumento de José Gervasio Artigas, en el centro de la plaza, debajo del cual yacen los restos del prócer en el Mausoleo de Artigas, de granito con escalinatas que se dirigen hasta la urna donde una guardia de blandengues los se encarga de su custodia, dispuestos en una posición tal, que permite que "el sol de la patria penetre directamente hacia ellos". Hacia el Sur se encuentra la Torre Ejecutiva, hogar de la presidencia, del Poder Ejecutivo, inaugurado en el año 2009, concretando así un proyecto que tardó cuarenta y seis años en concretarse. Hacia el Este, se encuentra el histórico Palacio Salvo, inaugurado en 1928, siendo en aquel entonces el edificio más alto de Sudamérica y actualmente siendo el segundo más alto del Uruguay luego de la Torre de las Telecomunicaciones. - Un estilo único, poco comprendido por algunos, pero admirado por otros. - Le dijo con sabiduría un anciano que vio como Julieta se interesaba en la antigua estructura. Y continuó, mientras Julieta lo oía atentamente: - Incluso se ha construido en la ciudad de Buenos Aires, en Argentina, un edificio gemelo en estética, el Palacio Barolo, del mismo arquitecto, el italiano Mario Palanti, quién quiso crear un "puente de luz" entre ambas capitales, con la iluminación que ofrecía cada uno desde su costa. La gran cantidad de edificios han hecho desaparecer el "puente", y esa bella imagen. - Y suspirando, con la mirada perdida, como si estuviera añorando tiempos mejores, decidió dar terminado el relato, se dio vuelta, y se fue caminando hacia el Oeste, atravesando la plaza, y perdiéndose finalmente entre las personas, a paso de anciano, lento sereno, la vida ya no le pedía más corridas, tal vez estuviera regalando más relatos a algún otro joven, que, como Julieta, se dispusiera a escucharlo. El Palacio Salvo, se ha convertido en un edificio emblemático para la ciudad, pensado inicialmente como un hotel, y actualmente albergando residencias y oficinas.

La postal de la plaza se ve completada con diversos edificios, un hotel con casino, y por supuesto, antes de empezar a transitar por la conocida calle Sarandí, nos encontramos con la que una vez fue la puerta de la histórica ciudad amurallada, la Puerta de la Ciudadela, actualmente punto de fotografía de los turistas que llegan principalmente de los países vecinos.

Julieta se entretuvo buena parte de la mañana en este lugar, incluso se tomó el tiempo de comprar un trozo de pan y alimentar a unas palomas, que, acostumbradas a la visita de los turistas, se acercan como sabiendo que van a alimentarse en abundancia. Había gente, chicos con uniforme escolar, ancianos que salen a realizar un paseo matinal, y mucha gente que comienza, con sus trajes negros y sus portafolios del mismo color, a acercarse a sus lugares de trabajo. Julieta no entendía mucho a ciertas

personas, evidentemente que ella era especial, y le causaba gracia la gente, vestida igual, de traje, con esas corbatas llamativas (las había rojas, violetas, blancas y azules, con rallas, cuadrados, círculos e incluso en diseño escocés), y ninguno se detenía a ver a su alrededor, ni a las personas ni a los lugares, caminaban con la cabeza abajo, y con las manos atadas, por su portafolio y sus celulares, parecía ser que su vida se terminaba en esos maletines de cuero negro. Además de estos personajes, no falta en ningún edificio céntrico el simpático portero que barre la parte de vereda que da al frente de su edificio, las panaderías que comienzan a llenarse, e incluso algún indigente, ya entregado a su destino, sentado en el piso con la mano extendida esperando que alguien se apiade, cosa que no sucede ya que como comentó antes, las personas tienen las manos ocupadas como para preocuparse del indigente; y otros todavía con fuerza para hacer alguna pirueta, malabar o simplemente un saludo para conquistar a "su cliente", esperando así sobrevivir otro día en la ciudad.

La mañana continuó, Julieta caminaba maravillada por Sarandí, se estaba dando cuenta de lo hermosa que era esta ciudad, y como, siendo ella una fotógrafa por naturaleza, no se había dado cuenta de los lugares que le faltaban visitar. Por ello, y a pesar de que no era parte del plan, decidió, a medida que iba avanzando en su recorrido, tomar todas las imágenes que pudiese, de lo contrario, no le daría el tiempo para volver a tomarlas ese día.

Por la peatonal Julieta vio distintos comercios, la variedad era enorme, gastronomía, turismo, estudios jurídicos y contables, e incluso los clásicos vendedores ambulantes, esos nómades que van con su mercancía a donde la demanda los llame.

El recorrido continuó por la peatonal, se desvió unas cuadras para fotografiar el gran Teatro Solís, y terminó por desembocar frente a la Catedral de Montevideo, o conocida también como Iglesia Matriz, dándole nombre a la plaza donde se encuentra instalada. Consiste en una bella estructura neoclásica, construida en el año 1804, y consagrada como Catedral Metropolitana por el Papa León XIII, convirtiéndose así en el templo religioso más importante del país. Julieta tomó unas fotografías de lejos, pero no ingresó, no sólo no era católica, su familia adoptiva tampoco lo era, sino que además temía esas grandes estructuras, y todo lo que las rodeaba, las pinturas, las esculturas. Julieta estuvo una vez en una parroquia, justamente la que se encuentra al lado de antiguo liceo, y tuvo una sensación rara, no sabía definirlo, pero prefiere no visitar este tipo de lugares.

Julieta ya tenía cientos de fotos, y su próximo destino era el puerto, por lo tanto, tomó la calle Francisco Maciel, y caminó las cuatro cuadras que le

separaban del Puerto de Montevideo.

Mientras caminaba, el teléfono de Julieta vibró varias veces. Lo había dejado en silencio, pero encendido por las dudas, al ver que era su primo Martín, decidió no responder, esta vez quería hacerlo sola, como antes, cuando casi no tenían relación.

Al llegar, a la zona del Mercado del Puerto, inevitablemente se vio tentada por el olor a carne asada, tan típica por estos lares, y especialmente exquisita en el concurrido Mercado. Ya hacía un par de horas que su cuerpo le pedía alimento para reponer energía, y llegar a la zona de restaurantes le abrió el apetito. Tal vez hubiese preferido sentarse a comer, pero no tenía mucho tiempo, así que compró unas empanadas, y las devoró rápidamente.

Luego de la pausa, y un cigarrillo (de vez en cuando degustaba uno, se lo pedía a alguien, ya que si compraba una caja no podía evitar la tentación), siguió tomando fotografías, paisaje, personas, todo, no se perdía ningún detalle.

Sin darse cuenta, la tarde se le había ido volando. El atardecer lo vivió desde el propio puerto, al cual accedió sin que la viera nadie, y escurridiza, salió de la misma manera. Allí pasó inadvertida por la cantidad de gente que había, militares y civiles. También había barcos de todo tipo, de los pequeños, el velero escuela "Capitán Miranda", barcos grandes, y hacia lo lejos, barcos mercantes que descargaban grandes contenedores de mercadería.

El día terminaba, así que fue hasta la parada de ómnibus y se tomó el número 11, que la dejaba cerca de casa. Cuando llegó, pasó rápidamente a su taller. Tenía tiempo para preparar el revelado antes de la cena. Esta vez tocaba una cena ligera que Hilda había dejado en el horno, pues había salido con Pedro y volvería tarde, y como Martín estaba en el club aún, se daría una ducha, cenaría sola, e iría a ver como había quedado su trabajo.

Capítulo 8

Capítulo VI

Un mapa, varias fotografías, un chico misterioso, y ¿qué significaba esa frase?, ¿" Un misterio en el balneario"?

Además, "¿Es la única manera de que entiendas? Entendería mejor si me dijeran que está sucediendo y listo. ¿Dónde vine a meterme?", pensó Juan.

Luego de un par de horas de analizar las fotografías, si bien Juan había salido del shock inicial, aún seguía preocupado. Él veía las fotografías y no entendía, eran fotografías de sitios conocidos por él, y por los cuales pasaba todos los días, pero dentro de la fotografía aparecían imágenes que no deberían estar allí. Personas heridas, edificios que no pertenecían al lugar. No entendía nada, pero tampoco mucho podía hacer, ya que el chico que necesitaba se le había escapado sin dar ningún detalle de lo que estaba sucediendo, era todo muy raro. Sí, podrían haber hecho fotos así en una computadora. Casi cualquier cosa podía crearse con un pc, pero no parecía eso. Eran perfectas. Y en todo caso, quien se tomaría la molestia.

. .

"Un mapa", pensó. – ¡El Mapa! Ahí tiene que haber algo, una pista. Algo. – Pensaba en voz alta un esperanzado Juan, mientras buscaba donde había dejado el mapa.

Vio el mapa con cuidado. Era un mapa de una parte de Montevideo. El Centro más específicamente. No pasaba mucho por ahí, algunas veces para hacer negocios, pero renegaba de la idea de tener que luchar por encontrar un estacionamiento, y mucho menos de tener que pagar a alguien con la condición de que este le cuidara el coche (o mejor dicho no se lo destrozara. Costumbre que se estaba empezando a notar en otros barrios montevideanos). Pero esta era una cita a la que no podía faltar. Su olfato periodístico lo impacientó de tal modo que Juan se olvidó de todo. Sólo se concentró en el mapa.

Era muy claro, un mapa con una zona específica, con una fecha y una hora determinada. Sería mañana a las 0 horas, en la peatonal Frugoni, pegada al ala Este de la Universidad de la República.

Analizó el mapa y las fotos nuevamente. Una sonrisa un tanto pícaro se le fue dibujando en el rostro, mientras miraba el techo de su apartamento con un aire pensativo.

“Esto se convertía en un misterio. Y yo estoy llamado a resolverlo”.

De pronto, Juan se recordó a sí mismo de niño, en el jardín de su antigua casa, en el barrio Malvín, con una lupa que casi le cubría todo el rostro, jugando a ser Sherlock Holmes, aquel intuitivo personaje creado por Arthur Conan Doyle, que Juan a los nueve años ya había leído varias veces, descubriendo los misterios que su hermano mayor, hoy fallecido, le iba dejando por toda la casa.

“Si Martín estuviera aquí lo resolveríamos juntos”, pensó Juan recordando a su hermano. . .

Capítulo 9

Capítulo VII

La cena no sólo había sido ligera, sino también acelerada. Julieta se paró de su silla antes de terminar de engullir toda la comida, y salió del comedor, con paso apresurado, con dirección a su taller.

La rutina era la misma cada vez que tenía que revelar sus fotografías, desde aquel día en que su tío le propuso convertir el garaje en un taller para revelar.

Ya se habían terminado de secar los negativos, y las fotografías ya estaban listas, y la excitación de Julieta iba en aumento a medida que las iba descubriendo una a una. Excitación que se fue convirtiendo en sorpresa, y que luego dio paso al horror. No había manchas, no había caras, ni una mujer, ni un niño, ni nada. No había nada. Estaban todas completamente negras, excepto por lo peor, una calle, una fecha y una hora incoloras, dejando ver lo que había detrás de la "imagen". El 21, 0 hrs., peatonal Frugoni.

Julieta no entendía lo que sucedía, no sabía qué hacer, si llamar a su primo de manera urgente, si hablar con sus tíos, o qué hacer. Lo que sí sabía es que esto no era un juego, ni una broma de su primo, esto era en serio, y no iba a perder más el tiempo, y enfrentaría esto, que no sabía muy bien que era, pero lo iba a enfrentar, esto escapaba a los límites de lo razonable, pero la curiosidad podía más, ¿con que se encontraría? Eso lo iba a averiguar el 21, a las 0hrs.

¡El 21! Eso era mañana de noche.

Dejando el taller desordenado, pero no tanto comparado con el desorden que tenía en sus pensamientos, Julieta se fue a su habitación. Intentó dormir algo, pero estaba tan sumida en sus pensamientos que no pudo, ni siquiera oyó a su familia llegar a la casa, quienes tampoco tocaron la puerta de su cuarto. Julieta era una persona solitaria, y hace tiempo que sus tíos habían decidido respetar esa soledad a la manera en que Julieta lo solicitaba.

A medida que avanzaba la noche, Julieta iba aclarando sus ideas, y fue reconociendo que tal vez sería mejor hablar con Martín para que la acompañe, las calles montevideanas ya no eran las mismas que hace unos años, y una joven estudiante no podía permitirse caminar sola a medianoche por el centro de la ciudad sin correr el riesgo de ser atacada. Y además sus tíos no se lo permitirían si no dijera que iría jugar al bowling

y a tomar algo con su primo y unos amigos.

Al no dormir casi nada, no fue difícil para Julieta levantarse, aunque tuvo que bañarse y tomar dos tazas de café para poder mantener los ojos, aunque sea, semiabiertos.

Su día fue normal, fue a clase, y a media tarde volvió en el mismo ómnibus que tomaba todos los días para ir a su casa. Sin embargo, ese día le había enviado un mensaje a su primo con el teléfono móvil, avisándole de que quería hablar con él de manera urgente, y que debían encontrarse en la casa antes de que él fuera al club a entrenar.

El sol ya había desaparecido, pero sus rayos aún lanzaban unos destellos de luz que pintaban el atardecer de color rojo visible desde cualquier punto de la costa montevideana, y con el que uno no podía distinguir donde terminaba el mar y comenzaba el cielo, y donde terminaba el cielo y comenzaba el mar.

Martín llegó agitado a su casa, a pesar de que venía de estudiar y aún no había ido a hacer deporte. El mensaje de Julieta pasado el mediodía lo había alterado de tal forma que fue imposible para él concentrarse en otra cosa que no fuera en lo que tenía que hablar con su prima.

Julieta intentó tranquilizarlo, pero era el momento de contarle lo que había sucedido, explicarle como había pasado su día anterior, y contarle sobre las fotografías y sobre a donde debían ir esa noche.

Martín escuchaba atentamente, pero como era lógico, su incredulidad iba en aumento con cada palabra que salía de la boca de Julieta. Sin embargo, había visto junto a ella cosas tan extrañas, que no tuvo más remedio que decidir acompañarla.

Hilda ya se encontraba cocinando esperando a que su marido llegara de trabajar, por lo que Martín y Julieta, pusieron una excusa razonable, de forma de poder irse antes de que llegara Pedro y pusiera los "peros" de siempre en cuanto al uso de su automóvil.

Ya eran las 21 horas cuando salieron de la casa, irían hasta la dirección señalada investigarían un poco el lugar y luego harían tiempo en alguna cafetería cercana hasta que fuese medianoche.

Cincuenta minutos más tarde, Martín y Julieta se encontraban en el centro de la ciudad. El tránsito fue una locura, Martín siempre que salía con el auto se quejaba de que manejar en su país era una lotería en la que no sabías cuando podía tocarte un accidente.

Mientras caminaban hacia su destino, Martín estaba preocupado porque no estaba seguro de si en el lugar en el que había dejado el auto estaba

permitido estacionar. Cada vez se hacía más difícil circular y estacionar en el centro de Montevideo, pero, a palabras de Julieta, esto ya no era un juego. Y como no sabían con que se iban a encontrar, era mejor tener una vía de escape disponible. Por si acaso.

Martín siguió pensando en el tránsito, y en el posible destino de su automóvil, en el caso de que hubiera estacionado en una zona no habilitada a ese fin, hasta que levantó la vista y vio el gran edificio ubicado en una de las principales avenidas de la capital.

El edificio principal de la Universidad de la República se sitúa en la calle 18 de Julio de 1824, a una cuadra de distancia está el edificio anexo en la calle Colonia 1801.

La Biblioteca anexa fue fundada con la Universidad de la República, 1949, atesora documentos de valor histórico y cultural, nacional e internacional, fuentes naturales de investigación para estudiantes, docentes, investigadores y egresados, en diversas áreas del saber humano.

La imponente estructura de cemento, con su escalinata frente a la Avenida 18 de Julio, se ha convertido en una postal infaltable al momento de describir Montevideo, ya que es un punto característico de la ciudad.

En este momento el paisaje era adornado por los infaltables alumnos, y un montón de personas que van de un lado a otro sin siquiera cuestionarse por los problemas ajenos. Cabezas gachas, paso veloz, oídos tapados por música que sale de los reproductores Mp3 y desinterés por el mundo que rodea a cada persona son la nota característica de este paisaje. Además, éste, el paisaje, se ve adornado por una gran diversidad de personajes el canchero con las mujeres, el del interior cuya axila fue cocida a un termo y su mano fue pegada a un mate, el joven militante de algún partido político que quiere mostrar su valía preocupándose por los temas internos de la facultad a la que asiste y velando por los intereses estudiantiles, jóvenes que estudian en las escaleras, conversadores. Gran variedad de personas y culturas.

Al costado de la Universidad, se abría la peatonal Frugoni. Punto de encuentro, lugar de estudio. Zona de conversación y de algunas picardías, ha visto nacer tantos amores como corazones rotos. Encuentros románticos y desengaños, o lugar de amigos, para juntarse a tomar algo, fumar algo, o ¿por qué no?, jugar a la pelota, de cuero, sintético o papel, según sea la condición económica de los jugadores de turno, separados socialmente, unidos por el deporte más popular del país. El fútbol.

La peatonal Frugoni, es un órgano más de la Universidad, del cual no se puede desprender, por miedo a no seguir siendo la misma. Y era allí. A

ese lugar era al que debían dirigirse Julieta y Martín.

Revisaron la peatonal de punta a punta mientras eran analizados minuciosamente por los ojos sorprendidos de todos quienes estaban allí, estudiantes, grupos de amigos, vagabundos, todos.

Por supuesto que no encontraron nada, no sabían siquiera que buscar. Luego de una hora, decidieron ir a una cafetería cercana, pedir unos sándwiches calientes y unos cappuccinos y esperar los setenta minutos que los separaban de la medianoche.

Pidieron la cuenta cinco minutos antes de la hora fijada, y salieron rumbo a la peatonal. Esquivaron algunos autos que cruzaban en rojo, y ya estaban a unos pocos metros del lugar señalado.

Los dos jóvenes, caminaban ahora con paso temeroso, no querían llevarse ninguna sorpresa. La postal era otra, no había nadie, un vagabundo, y una persona que caminaba a lo lejos en su dirección, de la que solamente podía distinguirse su figura debajo de un foco de luz.

Capítulo 10

Capítulo VIII

Juan fue en su Harley hasta el lugar indicado en el mapa. Le apasionaban este tipo de misterios y se preparaba para ellos. Campera negra, lentes negros, alta velocidad. Le gustaba la idea de actuar de alguna forma y compenetrarse con esto que no sabía hacia donde lo llevaría.

Era la hora indicada, Juan había dejado su motocicleta sobre la peatonal, en la esquina formada por la misma y la calle Guayabo.

La peatonal estaba desierta, un vagabundo nada más, al que miró con desprecio y dejó atrás luego de pasar delante de él.

Siguió caminando, actitud desafiante y miradas para todos lados, mientras se acercaba a una pareja que ya se encontraba delante de él. No entendía mucho como una persona podía llevar a pasear a su pareja a un lugar tan oscuro y peligroso, pero le restó importancia. Ahora mismo estaba esperando algo más importante, alguien que le explicara lo que sucedía.

Se consumían los minutos, y Juan se estaba poniendo muy nervioso, giraba en círculos, iba de un lado a otro, y esa pareja que seguía parada en el mismo lugar ya lo estaba preocupando. Decidió caminar hasta el otro lado de la peatonal, y ya de paso ver que hacían esas personas.

Martín abrazó a Julieta al ver que el hombre se acercaba a paso decidido hacia ellos.

Al acercarse a una distancia tal que permitía distinguirse la cara de unos y otros, el hombre estalló en furia.

- ¿Qué hacés acá pendejo?, ¿Vos estás buscando hacerme perder el tiempo? - Preguntaba con enojo Juan. - Ni siquiera se tu nombre, ¿Quién sos?

- No, para nada. Mi nombre es Martín, ella es Julieta, y mi idea no es hacerle perder el tiempo. - Contestó nervioso Martín, mientras Julieta miraba desconcertada la escena. - Pero usted que hace acá, ¿Qué tiene que ver con todo esto?

Juan se puso triste al recordar el nombre de su hermano.

- Disculpen, es que mi hermano fallecido también se llamaba Martín.

- ¿Quién es Martín?, ¿De dónde se conocen? - Preguntaba Julieta cada vez

más confundida.

Martín le contó a Julieta la escena en la redacción del periódico, le explicó quien era Juan, y por qué lo fue a ver. Le comentó del miedo que le habían producido las fotografías en un principio, y que fue a buscar explicaciones. Mientras Julieta ponía cara de sorprendida y enojada a la vez, Martín intentó saber por qué Juan estaba ahí, quien a su vez le pedía explicaciones a Martín de porqué se había ido de esa manera en su anterior y único encuentro. Y Juan le explicó lo del correo, y que al verlo, pensó en una situación similar al encuentro anterior, y eso lo había enfurecido demasiado, y de ahí su reacción.

- Juan, yo quería hablar solo contigo. Tú insistías en grabarme. A su vez, actuabas de forma violenta. Iba a ser imposible explicarte una historia tan extraña de fotografías fantasmas, imágenes que desaparecen, etc. – Martín respiró hondo y continuó. – Cuando las imágenes empezaron a ser más nítidas, decidí no involucrarte más.

Juan se ofuscaba rápidamente. – Pero, ¿Quién, entonces, me envió el mapa, y me trajo hasta aquí con ustedes?

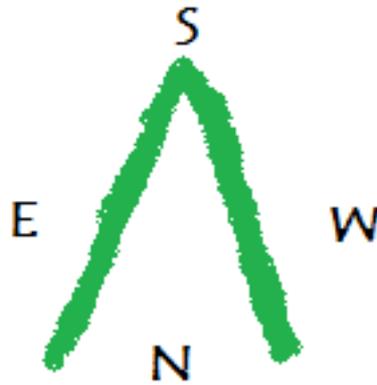
- Esperemos averiguarlo pronto. – Dijo Martín en voz baja, casi para sí mismo.

Una vez aclarado el episodio, todos estaban más confundidos que antes. ¿Quién modificaba las fotografías?, ¿Quién involucraba a Juan?, ¿Qué estaba sucediendo?

Bajo la oscura noche, quedaron los tres juntos esperando una señal, que no tardó en aparecer sobre los pequeños bloques de forma rectangular que formaban el piso de la peatonal.

- ¿Qué es esa letra fluorescente? – Preguntó Julieta señalando una letra que se había formado en el piso, de un color verde fluorescente, y que no estaba allí unos minutos antes.

Al girar a ver aquello que Julieta señalaba con su dedo índice, Martín y Juan casi chocan sus cabezas.



- Debe haber sido un estudiante destructivo. Sobran en este país los anarquistas con necesidad de expresar su disconformidad. – Comentó Juan con ese acento teñido de superación que le otorgaba el hecho de ser el mayor en ese trío.

- No, no. – Dijo Julieta, y siguió. – Estos no son anarquistas, y esto no estaba Juan. Toca la pintura, está fresca. Con mi primo recorrimos la calle y no lo habíamos visto, tiene que ser una señal. Entiendo que parece un grafiti hecho por algún destructor de espacios públicos, pero esta vez creo que la cuestión es distinta. – Agregó Julieta, al tiempo que desfundaba su cámara sin solicitar ningún tipo de aprobación y comenzaba a “disparar” con el flash de su cámara.

- ¿Qué significa? – Preguntó Martín a Juan, quien se había erigido naturalmente como el líder intelectual de este “equipo del misterio”.

Se quedaron esperando en silencio a que surja alguna otra “aparición”. Pero al pasar los minutos, no había más nada por ver.

Ya había pasado una hora y media de la hora fijada para el encuentro. La noche en esa zona de Montevideo se vuelve un poco peligrosa, y encima Martín y Julieta debían ir a buscar el automóvil de Martín.

Juan les propuso ir a su departamento para tratar de descifrar lo que habían visto, y les ofreció acompañarlos en su motocicleta, para que luego lo siguieran a su hogar.

Al llegar, encontraron el automóvil intacto. Martín había recordado su preocupación, y descargó un suspiro en señal de alivio.

Ahora se encontraban yendo al departamento de Juan, quien iba delante de ellos esquivando automóviles a toda velocidad. Martín intentaba no perderlo, aunque se le hacía bastante difícil la tarea.

Capítulo 11

Capítulo IX

Juan entró a su departamento junto con Martín y Julieta. Dejó su casco sobre una mesa. Era un lugar muy agradable, realmente aparentaba el hogar de una persona que no pasa sobresaltos económicos.

El dueño de casa ofreció asiento en los sillones del living a sus visitantes, y fue a la cocina a buscar algo de beber para los tres, a la vez que señalaba a Martín una computadora portátil y le pedía que conectaran la cámara a la misma para poder analizar los hechos que los habían llevado a esa situación.

- No entiendo, simplemente no entiendo de que se trata. – Decía Juan mientras acercaba los ojos a la pantalla esperando que nada se le escapara a la vista.

Martín no entendía tampoco.

- No me cierra a mí tampoco che. ¿Un triángulo sin base y los puntos cardinales?, ¿Qué puede ser?

Julieta pensaba en silencio, y tampoco podía resolver el misterio, pero le sugirió a Juan “googlear” algo al respecto, a ver que podían encontrar.

- Proba con triángulo + puntos cardinales. – Le sugirió Martín a Juan.

La mayoría de los resultados eran apuntes de geometría de fácil acceso para estudiantes con poco hábito de investigación y lectura.

- A ver, seguí con. . . triángulo + Uruguay.

Juan volvía a teclear la sugerencia, pero los resultados esta vez incluían las páginas de internet de algún profesor particular de matemática o la página en Uruguay de un sitio de ventas por internet en el que se ofrecían útiles escolares.

Julieta, mientras tanto, estaba viendo detenidamente la fotografía en su teléfono móvil. No entendía que sucedía, pero al ver la fotografía en otra posición, sugirió que tal vez no era un triángulo, ya que la estaban viendo en la posición equivocada, sino que era una letra. La letra V.

Sin embargo, al buscar resultados de la letra V, tampoco tuvieron mucha suerte.

Con cada minuto que pasaba, y con cada intento fallido, la búsqueda se tornaba más y más angustiante.

Cuando Martín sugirió que tal vez los puntos cardinales tenían algo que ver también, Julieta le contestó que seguramente estaban para indicarnos la posición de la letra. Sin embargo, Juan tecleó una posible búsqueda al respecto. "V + SUR + MONTEVIDEO". Nuevamente el resultado fue negativo a los ojos de los tres. Muchas referencias al Barrio Sur en Montevideo, pero nada concreto.

El cielo comenzaba a aclararse muy lentamente. No se fijaron en la hora, pero conforme la noche iba dando paso a la luz, Julieta y Martín se dieron cuenta de que debían volver a casa. Estuvieron toda la noche buscando y sin embargo se fueron con las manos vacías. Era desilusionante.

Juan le dio, por las dudas a cada uno, una tarjeta con sus números de teléfono. Por si se les ocurría algo, mientras los acompañaba a la puerta.

Martín condujo de manera muy acelerada. Julieta, quien tenía la cabeza en todo lo que había sucedido esa noche, no le dijo nada al respecto. A pesar de que siempre reprochaba a su primo el hecho de que no usara cinturón de seguridad o por la velocidad.

Al llegar, hicieron el menor ruido posible. Entraron sin despertar a Hilda y Pedro, y cada uno fue a su cuarto. Los dos se acostaron a dormir, pensando en todo lo sucedido. Tenían mucho para pensar en las pocas horas de sueño que les quedaban por delante esa noche.

Capítulo 12

Capítulo X

Tanto Julieta como Martín durmieron muy poco en la noche, y a la hora de ir a sus respectivos centros de estudios las caras de ambos denotaban un cansancio que preocupó a Hilda, quien siempre mantenía una postura equilibrada, pues entendía que su hijo y su sobrina eran grandes, y si salían en días de semana era problema de ellos, siempre y cuando cumplan con sus responsabilidades. Así que se limitó a prepararles un café y unas tostadas con mermelada casera.

No pudieron concentrarse en sus tareas diarias, sólo pensar y pensar en lo sucedido la noche anterior. Querían explicar no sólo la figura que habían visto, sino también cómo se había aparecido allí.

Por su parte, Juan, incluso estaba peor que Martín y Julieta. Pasó el día rebanándose la cabeza sobre el asunto. Revisaba una y otra vez pistas sobre lo sucedido, pero no encontraba armar el rompecabezas.

Ninguno de los tres recordó que las cosas importantes son halladas cuando uno menos las busca.

Esa era una linda tarde, fresca, pero Martín necesitó sólo de un fino buzo de hilo y una bufanda para sentirse cómodo. Todo este asunto de las fotografías, y de Juan, un extraño que habían conocido la noche anterior y que casi se había convertido en un aliado, y el hecho de ya ni saber que estaban buscando fue motivo necesario para obligarse a sí mismo a tomar un paseo esa tarde para refrescar sus pensamientos.

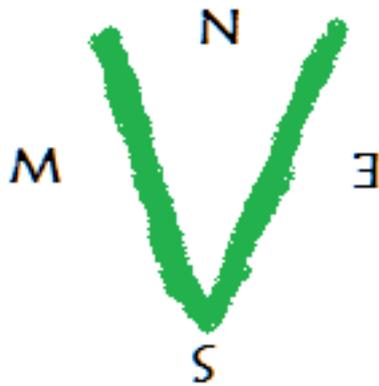
La rambla de Punta Carretas era siempre un lugar especial para Martín. Al pasar por ahí recordaba su infancia en bicicleta, charlas con sus padres, rondas de mate con sus amigos y a su novia. La plaza de Trouville era un lugar de encuentro para muchos, y para Martín, allí se reencontraban muchos de sus recuerdos.

Esta vez Martín caminó un par de horas. Paso lento y reflexivo, iba sumido en sus pensamientos. Se detuvo en la plaza, frente al mar, se sentó en un banco de madera y miró en aquella dirección, donde cielo y mar se confundían.

Sin saber cuánto tiempo había pasado sentado allí, y sin importarle demasiado tampoco, se paró y siguió su marcha. A Martín también, de vez en cuando, le gustaba fumar un cigarrillo, y ese parecía el momento perfecto, sólo, en una tarde fresca y para despejar la mente. Caminó hasta la vereda de la rambla y se encendió uno, y siguió caminando en

dirección oeste.

Una vez retomado el paso, no había caminado más de trescientos metros, cuando frenó en seco, contempló la figura unos instantes, y tal como apareció una expresión de asombro en su rostro, dejó caer el cigarrillo que había encendido hacía apenas unos instantes y creyó comprenderlo.



Capítulo 13

Capítulo XI

- Nos encontramos en casa en veinticinco minutos. Necesito hablar con vos urgente. - Esas fueron las palabras que le dijo Martín a Julieta.

Poco tiempo después se encontraron en la casa, estaban agitadosísimos. Julieta estaba totalmente impacientada, y Martín con una excitación enorme por el hallazgo que le iba a contar a su prima.

- En el momento en que la vi me di cuenta que no podía ser otra cosa. - Comenzó diciendo Martín en forma de introducción.

- ¿Qué fue lo que viste? - Preguntó Julieta un poco desorientada.

- La "V", la "V" apuntando hacia el Sur. Has así con los dedos (apuntó levantando el dedo mayor y el dedo índice, dejando abajo los otros tres). ¿Qué significa esa señal?

- Fácil. - Le dijo Julieta, casi indignada por estos acertijos. - La señal de victoria.

- Y sólo hay una Victoria en Montevideo apuntando hacia el sur que yo sepa. Y sé que vos también sabés a que me refiero, hemos ido en varias oportunidades, y no puedo creer cómo no hayamos pensado en ella en esta ocasión. En la rambla, la Vict. . .

- La Victoria de Samotracia en el Castillo Pittamiglio. ¡Claro! - Interrumpió Julieta, demostrando que estaba en la misma sintonía que su primo. - Y mañana hay visitas, tenemos que ir, vos avisale a Juan, por más que no nos guste nos puede ayudar mucho a resolver todo este asunto.

- - - - - X - - - - -

Al otro día, se encontraron en la puerta del castillo, cerca de las tres y media de la tarde. Los tres admiraron el paisaje, cotidiano para los montevideanos, con otros ojos esta vez.

El plan consistía en participar de la visita guiada, atentos a cualquier pista. Nadie podía darse cuenta de que buscaban algo, sino los sacarían del lugar. El problema era ¿Qué buscar exactamente?

Entraron al castillo, y se sentaron en una especie de sala de conferencias. Antes de cada visita guiada, una persona da una introducción a los

visitantes sobre los misterios que encierra ese lugar.

Una vez que el personal encargado de las visitas guiadas vio que ya no iba a llegar nadie más, con unas treinta y cinco personas en la sala, cerraron las puertas, y una mujer esbelta, con cabello color castaño y con cierto aire intelectual se sentó en el estrado y comenzó a hablar.

- Sus padres fueron Juan Domingo Pittamiglio, y Julia Bonifacio, de origen italiano, quienes se establecieron en Montevideo a fines del 1800.

De este matrimonio nacieron cuatro hijos y dos hijas. El niño Humberto, fue bautizado, el 29 de setiembre de 1888, en la Parroquia Nuestra Señora del Carmen, en la zona del Cordón. El padre era zapatero y el joven Humberto, debió trabajar desde pequeño y se destacó por su inteligencia y dedicación, lo que le permitió obtener en 1918, el título de Arquitecto e Ingeniero, expedido por la Facultad de Matemáticas y Ramas Anexas de la Universidad de la República.

En 1910 adquirió los terrenos de Punta Trouville, en la rambla de Montevideo, donde poco después iniciaría la edificación del castillo que lo hizo famoso. Este edificio se encuentra hoy rodeado de torres residenciales, pero la proa de barco y la Victoria de Samotracia de su fachada resultan inconfundibles entre el vidrio y el cemento.

Fue un hábil empresario, y se asoció con el Ingeniero Adolfo Shaw, en una de las empresas constructoras más importantes de la época en el país (Adolfo Shaw S.A.). Dicha empresa intervino en obras como el Hospital de Clínicas, Instituto Alfredo Vásquez Acevedo, Palacio Municipal, Facultad de Agronomía, entre otras. Fue amigo del presidente Baltasar Brum, con el que había compartido aventuras en los tiempos de estudiante. A causa de esta amistad, había aceptado la responsabilidad de integrar la Junta Económica-Administrativa y hacerse cargo interinamente del Ministerio de Obras Públicas.

Otro personaje notorio, en la vida y obra de Pittamiglio, fue Francisco Piria, un visionario empresario que fundó la actual Piriápolis, y que fue su maestro en los misterios de la Alquimia. En esta época, cambió su nombre Humberto, agregándole una H, por el simbolismo que esa letra tiene para los alquimistas.

Entre sus legados materiales se destaca, el castillo que dejó en la rambla de Montevideo, que hoy es un museo y espacio cultural, otro castillo en Las Flores (Maldonado, Uruguay), y la Quinta de la Villa Colón (Montevideo).

Humberto Pittamiglio falleció en Montevideo, el 28 de setiembre de 1966, soltero y sin hijos, víctima de una bronconeumonía. Legó sus bienes a instituciones filantrópicas y del Estado, dejando el castillo de la rambla a

la Intendencia Municipal de Montevideo solicitando en su testamento que parte del edificio fuera destinada a museo de acuarelas, óleos, grabados y esculturas; hasta su retorno.

El Castillo Pittamiglio no puede clasificarse dentro de un estilo arquitectónico preciso, así como la mayoría de las construcciones de este excéntrico arquitecto.

La imagen de la Victoria de Samotracia, sostenida por una proa de barco que apunta hacia el mar, caracteriza al edificio, que en su interior adquiere una estructura de laberinto, con múltiples salones e infinitos recovecos, puertas que no conducen a nada y pequeñas escaleras, así como escudos y esculturas.

El castillo da la impresión de que fue una construcción que implicaba un viaje. Esta especie de nave que se proyecta hacia el mar, implicaría el viaje hacia la dimensión del espíritu.

Llama la atención en el interior del castillo las piezas de diferentes formas geométricas, circulares, octogonales, cuadradas. Estos son símbolos básicos en la alquimia, profesión de quien mandó crear este espacio. El cuadrado significa lo terrenal, el soporte físico del hombre. El octógono simboliza la cuadratura del círculo, es decir una etapa intermedia entre la vida terrenal y lo que los alquimistas llamaban lo celestial, la perfección. El círculo representa la eternidad, la perfección, la transmutación. Este último término constituye la esencia de la alquimia, es la transformación.

Los alquimistas buscaban la transformación, volverse hombres nuevos. Esto llevaba un largo proceso de trabajo espiritual, lograr transformarse en un ser cada vez mejor. Estos eran los verdaderos alquimistas porque también estaban los llamados sopladores, que buscaban la transformación de los metales burdos como el plomo, el cobre, en la plata y el oro. Los llamaban así porque trabajaban con el fuego, y para mantenerlo siempre encendido pasaban soplando el fuego con el fuelle.

La imagen de la Victoria de Samotracia, sostenida por una proa de barco que apunta hacia el mar es como un emblema del castillo. Esta escultura fue encontrada en Grecia, en la Isla de Samotracia (Siglo IV A.C) monumento glorificador a la Victoria de una pelea naval realizada en dicha isla.¹

Por favor, acompañenme en este viaje, y van a quedar fascinados por todos los misterios que este lugar encierra. Déjense maravillar por la obra y atrapar por la vida de Humberto Pittamiglio, ¿Un científico loco y excéntrico, o un visionario empresario?, por favor síganme. – Dijo la oradora mientras le señalaba al grupo, haciendo una seña con el brazo, que debía de seguirle, y adentrándose en una puerta que estaba a su

derecha.

1. La información incluida en el párrafo anterior, fue extraída, básicamente, de <http://www.appcu.org>.

Capítulo 14

Capítulo XII

Los tres comenzaron a caminar con el ruidoso grupo, aunque, teniendo la cabeza puesta en encontrar pistas que los lleven a resolver el misterio de las fotografías, ninguno de ellos se vio perturbado por la compañía.

El castillo era un mundo fantástico, lleno de misterios, lleno de alegorías, por todos los rincones podía percibirse la historia de su inventor.

Las pistas no aparecían, sin embargo los tres estaban conformes por haberse tomado el tiempo para dar un paseo. Mientras el grupo paseaba por la habitación de Pittamiglio, Julieta, Martín y Juan habían vuelto a salir al patio, para descansar y ya sin ilusiones de encontrar nada, poder apreciar un poco. Juan estaba fascinado con lo que veía a su alrededor, se sintió atraído al instante por el misticismo del lugar.

Por su parte, Julieta sacaba fotografías de todo aquello que la rodeaba, y Martín la seguía para todos lados, casi como su sombra.

Hacía tres horas que paseaban por el castillo escuchando la historia y tomando fotografías. Pero no encontraron nada de lo que habían ido a buscar. Los tres se sentían bastantes desmotivados, aunque dejaron de lado ese sentimiento para contemplar el sol desaparecer en el horizonte, el cielo rojo, dando lugar a una sensación de que pronto solucionarían el misterio.

Juan decidió ir a descansar a su casa. Julieta y Martín ya sabían lo que iban a hacer. Revelar las fotografías de la tarde.

Nuevamente cumplieron con la rutina en el taller, y luego de una deliciosa pasta preparada por Hilda, salieron desesperados a ver las fotografías.

Las fotografías eran muy lindas, nada extraño. Bastante frustrante para estos chicos que se habían acostumbrados a los asuntos paranormales. Sin embargo, hubo una que llamó la atención de Julieta.

- ¿Qué es eso? – Le preguntó a su primo.

Martín no entendía nada, y posiblemente su rostro delataba la confusión. Él veía fotografías completamente normales.

- Mirá Martín, ¿Un marco en una pared?, está bien que Pittamiglio fuera extraño con puertas que no conducen a nada, pero eso yo no lo había

visto.

Martín ya había comprendido, notó que el marco con la forma de una puerta no estaba allí, y sabía que su prima había descifrado el cartel que estaba encima del mismo. Sin embargo, a él, la imagen no le decía nada.

- El fin de semana nos vamos a Piriápolis. – Dijo Julieta, sin esperar respuesta de su primo, casi como una orden.

- Julieta, evidentemente me perdí de algo, y espero que me lo expliques.

- Te lo voy a explicar Martín, avisemos a Juan que nos vamos a un lugar con menos público, y ahí les explico.

Martín estaba muy ansioso, en menos de veinte minutos Julieta ya se encontraba hablando frente a ambos explicándoles donde era el próximo destino y por qué.

Les mostró las fotos y les explicó sobre esa “puerta” que no habían visto en el castillo.

- ¿Qué dice por encima del marco? – Preguntó Juan.

Julieta sonrió.

- Bueno, el cartel, fue fácil descifrarlo. Ahora, lo que tenemos que hacer es ir a Piriápolis.

- Pero ¿Por qué Piriápolis?, ¿Qué dice encima del marco? – Preguntaban Juan y Martín desconcertados, y sorprendidos por la claridad de Julieta.

- “Todo fue un sueño . . . lo que será una realidad en el porvenir”, El Socialismo Triunfante – Lo que será mi país dentro de 200 años, de Francisco Piria, no pregunten cómo lo sé, simplemente creo que este mismo fin de semana deberíamos irnos para allá. – Julieta, en lo cierto, pensó que nadie se negaría a su idea.

Capítulo 15

Capítulo XIII

Agustín se sintió culpable por un momento al estar donde no debía, pero tenía las mejores intenciones.

Al abrir las páginas que su jefe tenía guardadas, no pudo creer lo que vio. Lo que su jefe guardaba con tanto celo y el motivo de sus viajes era una historia de misterio. Pero no cualquier historia, él estaba escribiendo un libro, sobre él mismo y su hermano, Martín, resolviendo un misterio. Agustín se lamentó por su jefe, sabía que la situación de su hermano, quién se había suicidado sin decirle a nadie, sólo, sin dar explicaciones, había golpeado hondo a Juan, pero esto era demasiado.

Estuvo siguiéndolo los últimos días, y con este nuevo hallazgo todo cobraba sentido. Los lugares visitados tenían un sentido, por más que, a los ojos de Agustín, su jefe solamente estuviera recorriendo la ciudad.

Decidió ir a buscarlo, trataría de hablar con él, ya sabía exactamente dónde encontrarlo, pues el libro describía la ruta que haría. Saldría al otro día, temprano.

----- X -----

Los tres ya estaban preparando la expedición. Juan estaba muy ansioso, era un fanático del misterio, y esta era una oportunidad inmejorable para vivir un misterio de primera mano.

La confianza de Hilda y Pedro era demasiada en sus "niños", les deseó suerte en su aventura. Nunca interferían en este tipo de cosas.

Fueron en el vehículo de Martín, el mate lo prepararía Julieta y Juan compraría unos bizcochos en el camino. Alrededor de una hora de viaje en temporada baja separa a Piriápolis de Montevideo. La ruta es buena, y predomina el paisaje urbano hasta mitad de camino, luego algunos campos hasta llegar al cerro Pan de Azúcar, para luego comenzar nuevamente con el paisaje urbano y finalmente llegar al balneario.

Llegaron cerca de las once de la mañana. Piriápolis era un balneario hermoso, a un lado costa, y al otro, cerros, un puerto que sería la envidia de cualquier balneario, y la tranquilidad de un lugar que, a esa época del año, tenía pocos visitantes. El marco era perfecto, ahora era necesario resolver el misterio.

Ciudad fundada en 1890, a cien kilómetros de la capital. Primero un sueño y luego una realidad para su fundador, el visionario Francisco Piria. Desde

el inicio, su fundador planificó un balneario, "a la europea" cómo él le llamaba, con la particularidad de poder abastecerse dada las industrias que el propio Piria se había encargado de fundar a sus alrededores.

Pronto, la ciudad, iría adquiriendo el atractivo turístico que al día mantiene. Desde el clima, su puerto, los cerros y sus playas. Durante el año, un lugar tranquilo, y en los meses de verano se agotan las habitaciones de los hoteles, con turistas, en su mayoría, de países limítrofes.

Lo primero que hicieron fue buscar hotel. Consiguieron alojamiento en una casona vieja frente a la playa y con vista al Cerro San Antonio. El hotel era barato e incluía desayuno, por lo que se sintieron conformes de haber tenido tanta suerte en el primer lugar al que fueron.

No había tiempo que perder, comieron algo rápido y salieron rumbo al Castillo de Piria. Los tres esperaban que Julieta tuviera razón.

Tomaron la ruta interna que une Piriópolis y la ciudad de Minas. Desde lejos ya se podía divisar la estructura de aspecto medieval, y las dos torres, con las cuales chocaron al llegar, que sostenían el portón de acceso al castillo del cual colgaba un cartel que indicaba que el lugar estaría cerrado para las visitas de los turistas hasta las cuatro de la tarde.

Cierta decepción invadió al grupo por unos instantes, los tres quedaron en silencio al ver el cartel, pero inmediatamente Julieta tomó la iniciativa. Se acercó a la reja, la intentó abrir, verificó la tranca, hizo gestos indicando que era imposible de entrar y sin embargo se quitó la mochila de la espalda y la tiró hacia el otro lado.

- Vamos chicos, si me ayudan puedo entrar y tratar de abrirles desde adentro. – Martín no estaba muy convencido de la idea, pero ni bien vio a Juan ayudando a su prima él ayudó también.

Una vez adentro Julieta y Juan, con una piedra pudieron abrir el portón para que Martín también ingresara.

Juan pensó en lo raro que era estar en un lugar tan bello cuando uno recorre el mundo en busca de sitios así, llenos de historia y mitos, un castillo cómo los de las películas medievales. También le comentó al resto, lo mal que le parecía el hecho de que no hubiera seguridad en los momentos en que estaba cerrado el lugar a las visitas.

Unos doscientos metros son los que separan la entrada al predio del castillo, el color verde es el que predomina en el paisaje.

Caminaban temerosos, sintiendo "esa" energía que aparentemente existía en el lugar fundado por don Francisco Piria. Y así se fueron adentrando en

ese misterioso lugar.

Era realmente hermoso, con cada paso podían sentir las historias que se tejieron allí. Era muy raro todo, no había nadie, y por lo que decía el cartel en la entrada tendrían dos horas para recorrer el lugar antes de la hora de visitas guiadas.

Actualmente el lugar pertenece a la Intendencia Municipal de Maldonado, departamento al sureste del país, y si bien el lugar es visitado por un número importante de turistas que se acercan al balneario, y debido a los problemas de titulación que tuvo el lugar luego de la muerte de su dueño original, y a los constantes saqueos, no ha podido explotar como destino turístico. Ni siquiera había un sereno cuando Juan, Martín y Julieta saltaron la reja de entrada.

Igualmente, la estructura principal del castillo se mantenía a pesar de los años, junto con algunas ruinas, los restos de una vieja vía de tren y un vagón cuyo último viaje fue hace mucho tiempo.

El castillo fue construido entre los años 1894 y 1897. Ideado por Francisco Piria y bajo la dirección del arquitecto Aquiles Monzani fue inaugurado el 17 de agosto de 1897. Este Castillo de dos plantas y un sótano sería la residencia de verano de Piria. Se hace imposible dejar de notar la presencia de simbología alquímica. A cada lado de la puerta principal del castillo se puede ver un perro, un lebrél que ha cazado una liebre y tiene un morral debajo de sí. El perro simboliza en alquimia la materia prima, el azufre o bien el oro material. Independientemente de ello, un lebrél que ha cazado una liebre indica que se ha logrado fijar la materia prima como parte del proceso general, podemos ver, también, una jarra o copón que presenta una figura bastante extraña como motivo decorativo. No es otra que una representación del Baphomet, entidad íntimamente ligada a los Caballeros Templarios. Cuando el rey de Francia y el Papa de turno orquestaron la detención y el proceso de los templarios, sus tropas revisaron exhaustivamente las propiedades de los caballeros. Uno de los elementos encontrados fueron estas figuras, que tergiversadas como si se tratase de representaciones del Diablo, fueron utilizadas como elemento probatorio en contra de la Orden. Ésta se encuentra en el jardín del castillo, el cual, actualmente no tiene las especies florales y vegetales que supo tener en su época de auge.²

El grupo caminó recorriendo con la vista todo el paisaje, dieron vuelta al castillo, y decidieron entrar. Martín era el más inseguro, pero cuando pensó en los riesgos, el portón que daba a las caballerizas ya había cedido y tanto Juan como su prima estaban adentro.

Comenzaron recorriendo el lugar. Predominaba la mueblería antigua, mayoritariamente muebles que pertenecieron al Hotel Argentino de

Piriápolis, inaugurado y construido también por Piria en 1930.

Las historias son variadas, fantasmas, ruidos en la noche, cámaras fotográficas que dejan de funcionar e incluso desapariciones.

Los tres recorrieron el lugar con la excitación que producían todas estas leyendas, se sorprendieron al abrir una puerta que no llevaba a ninguna parte.

No encontraron nada, la desilusión fue enorme, pues ya no sabían que buscar y donde, y lo de las fotografías seguía sin resolverse.

Una vez afuera, Juan empezó a caminar sobre el pasto del jardín delantero del castillo, se sorprendió al ver a un hombre que lo llamaba, era su asistente Agustín. Juan, que ahora vestía de forma extraña, usaba traje negro y un bastón, se acercó hasta la reja.

- ¿Qué hacés acá Agustín?, es peligroso, tenés que irte, sino no voy a terminar con mi misión.

- ¿Qué misión?, realmente Juan necesitás ayuda, creo que esto fue demasiado lejos. Espero que comprendas y vengas conmigo.

- No voy a ir a ningún lado, es importante, tanto Julieta como Martín siguen adentro.

- No Juan, Martín murió, hace tiempo ya, en serio, deja que te ayude. Podés hablar conmigo si necesitás.

- Agustín, esta es mi casa, y no pienso irme. Esperé mucho tiempo por este momento, y no quiero esperar más. Ya es momento de regresar, quiero pasar la eternidad junto a mis seres más queridos. No pretendo que comprendas, sé que todo es muy fuerte para ti, pero ya te enterarás de todo con más claridad.

- Mirá, no sé cómo pudiste entrar, en cualquier momento va a llegar el personal de la intendencia para la visita de esta tarde. Debes salir, en serio.

Juan ya se había dado vuelta, y había empezado a caminar hacia el castillo nuevamente, a paso lento y elegante.

Para Agustín todo esto había ido demasiado lejos, pensó en lo triste que debe ser esa vida, afectada por la muerte. Decidió dejarlo solo y volverse a Montevideo. Además, ya se estaba poniendo nublado, y no quería manejar con lluvia todo el trayecto. Supuso que más tarde Juan entraría en razón y podría hablar de todo este asunto calmados, con una bebida de

por medio.

2. La información incluida en el párrafo anterior, fue extraída, básicamente, de <https://www.mundodequimeras.com/piriapolis/index.php/paseo-historico/1-castillo-de-piria.html>

Capítulo 16

Capítulo XIV

“Un balneario, un misterio”, así se llamaba la historia que había escrito Juan.

Agustín volvió a Montevideo, en poco más de una hora ya se encontraba en un conocido bar en el barrio Carrasco, leyendo.

El libro trataba sobre esa chica, Julieta, su pasión por las fotografías, y cómo su padre, Juan Francisco Piria, la atrae hacia él a través de las mismas y a través de simbología. Junto con ella atraería a Martín, un hermano que había conocido ya mayor. Una vez en el castillo, les confesaría la verdad a los dos, y los mataría por la necesidad de estar juntos el resto de la eternidad, y no continuar deambulando por este mundo, buscando resolver conflictos no resueltos en vida.

Al terminar de leerla, cuando el cielo ya se había vuelto de color oscuro, se sorprendió, realmente le gustó la historia, y lo que más quería era llamar a su jefe, charlar con él si necesitaba desahogarse, y alentarle a seguir escribiendo si eso le hacía bien. Quería preguntarle por su hermano, y por Julieta, quien era, en quién se había inspirado. Hasta lo que él sabía, Juan nunca había tenido una hija.

Llamó varias veces al teléfono de Juan, pero tenía el móvil apagado. Se preocupó, pero decidió que lo llamaría al otro día.

Ya entrada la noche, y luego de dos sándwiches calientes y tres cafés, emprendió camino a su casa en el barrio Cordón, un barrio cultural por excelencia, ubicado en el “corazón” de Montevideo.

Los últimos dos días fueron de mucha acción para Agustín, incluido el hecho de haber manejado doscientos kilómetros para ir y volver de Piriápolis. Lo único que deseaba en ese momento era tomarse una copa de limonada con un poco de vodka. Esta vez sería sin hielo, estaba realmente exhausto y necesitaba algo fuerte. Por suerte al otro día era su día de descanso y podría dormir todo lo que necesitara.

Y el descanso lo tomó en serio. Durmió suficientes horas y pudo recomponer el físico.

Al levantarse tomó su clásico desayuno completo, teniendo en cuenta las recomendaciones típicas, fruta, lácteo y carbohidratos. Leyó las noticias en su portátil y se puso a ver un poco de televisión.

La vida en el periódico era de una agitación tal que los fines de semana se le hacían demasiado largos.

Al no tener necesidad de moverse de su hogar, mantuvo la misma vestimenta con la que se despertó, desayunó y se cepilló los dientes, ropa interior larga con estampado escocés, una remera lisa color gris y las pantuflas que le regaló su novia en su último cumpleaños.

Sentado en el sillón viendo televisión, de pronto sonó el timbre insistentemente. A regañadientes fue a abrir. Del otro lado no había nadie. Hubiera pensado que algunos niños estaban jugando al "rin - raje" pero no había nadie corriendo, en la calle vio a una pareja de ancianos caminando juntos, y un joven jugando solo a la pelota contra el cordón de la vereda. Agustín siguió recorriendo el paisaje con la mirada, pero nada, pero al bajar la vista vio un sobre, y al levantarlo se podía leer "Un balneario, un misterio". El sobre era anónimo.

Al ver el título, ya sabía con quién iba a ir a hablar luego, pero al abrirlo una sonrisa irónica se le dibujó en el rostro, no podía creer lo que estaba viendo, y volvió a recorrer el paisaje con la vista, esperando que fuese una broma, mientras seguía sonriendo incrédulo de lo que estaba sucediendo. Se trataba de las fotografías de las que hablaba Juan, una de ellas, en blanco y negro, cómo antiguas, en la sala principal del castillo, y mostraban a Juan, vestido de traje, junto con unos jóvenes, una chica y un chico. Detrás de la foto se leía "el destino siguió su curso".

Agustín entendió todo con más claridad, Juan terminaría siendo Fernando Juan Santiago Francisco María Piriá de Grossi, fallecido en 1933, conocido cómo Francisco Piriá, fundador del balneario homónimo. La historia era interesante, incluso él mismo se había descrito como personaje, sin siquiera cambiarse el nombre. Como era su deseo, viviría eternamente junto a sus seres queridos. Agustín recordó las últimas las palabras que le había dicho Juan en Piriápolis. "Esta es mi casa".

Agustín pensó que era una broma, e intentó localizar a Juan para hablar con él. Nunca más lo vio, y no se supo nada de él. Leyó el libro una y otra vez, organizó una búsqueda por el castillo, pero nada. Ni Julieta ni Martín habían existido nunca, y por supuesto nadie los pudo encontrar nunca, ni a ellos, ni a Juan. Era un verdadero misterio.

FIN